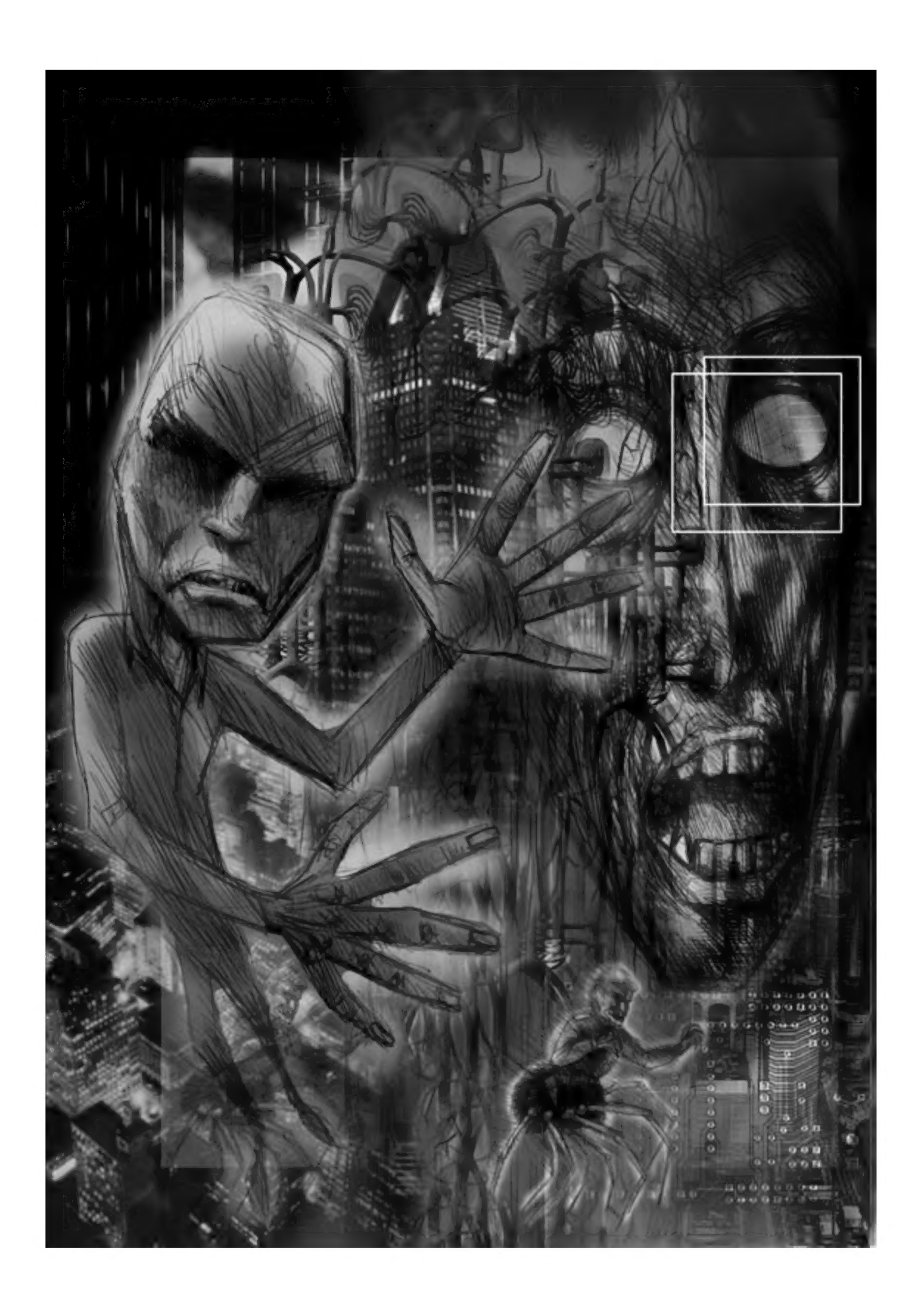

subcontratado
Santiago Eximeno
Ediciones Efimeras

.:subcontratado:.

contacto: santiago@eximeno.com
http://www.edicionesefimeras.com

Impreso en España



dedicado a María Jesús,
que comparte su vida conmigo sin subcontratarla

y a todos los compañeros de Grupo Apex,
que viven en sus carnes la subcontratación

cualquier parecido con la realidad es,
desde luego,
pura coincidencia,
pues los hechos aquí narrados corresponden
únicamente a la demente imaginación del autor

En la oficina del cliente, nadie puede oír tus gritos

.: 0.0.0 Prólogo :.

El cuerpo de Lucía Fernanda yacía sobre la acera, desparramado como una torre de ordenador quebrada que ha perdido parte de sus componentes. Ríos de tinta roja, la misma tinta que hasta pocos minutos antes había escrito las páginas de su vida, se deslizaban entre los adoquines y morían en la alcantarilla, arrastrando en su cauce las últimas esperanzas de llegar a un acuerdo económico. Alrededor del cuerpo se amontonaban los curiosos, tomando fotografías con sus teléfonos móviles. Algunos, los más audaces, se habían atrevido a rozar el cuerpo con sus zapatos. Uno de ellos incluso había registrado sus bolsillos, quizá en busca de una tarjeta de identificación, quizá de una cartera repleta de tarjetas de crédito. A lo lejos se oía el rumor de una sirena. Alguien habría avisado a la policía, o a los servicios médicos.

Desde la azotea no podía apreciar con claridad el rostro de Lucía Fernanda; sin embargo, tenía la completa seguridad de que sonreía. Una sonrisa dedicada en toda su plenitud a mí, a más de tres pisos por encima del nivel de la calle, que observaba el suceso con cierto distanciamiento. Aquello no podía haber terminado de otra manera, de eso estaba seguro. Completamente seguro. Cerré los ojos y dejé que la brisa acariciara mi rostro. Estuve a punto de abrir los brazos y dar un paso al frente, pero me contuve. No quería robarle el momento de gloria a ella.

Al fin y al cabo, siempre la había respetado.

Ella, desde luego, ni siquiera conocía mi nombre. Para Lucía Fernanda yo no era más que otro número, otro trozo de carne con ojos con el que enriquecerse. Nunca me ofreció otra cosa, nunca le pedí otra cosa. Ambos sabíamos lo que esperábamos de la vida, y si alguien había roto el trato previamente pactado, ese había sido yo. Dignidad, esa había sido mi bandera. Y muchos hombres antes que yo habían muerto por su bandera.

Abrí los ojos. Las luces de las ambulancias bailaban sobre la fachada del edificio. Dos enfermeros se afanaban tratando de colocar el cadáver sobre la camilla. Al alzarlo del arcén vi cómo uno de sus brazos se agitaba. Sentí un escalofrío. ¿Quedaría un hálito de vida oculto en el interior de aquella masa de huesos quebrados, en aquel amasijo de carne y sangre? Mi mente se resistía a creer que aquella gerente todavía albergara vida en su cuerpo maltrecho, pero un movimiento compulsivo de sus dedos me hizo presagiar lo peor.

Retrocedí un paso, alejándome de una imagen que me perseguiría mientras viviese; o, al menos, mientras trabajase en una empresa.

Fue entonces cuando oí los pasos a mi espalda, acercándose.

—Bueno, supongo que esto es el final —dijo una voz, y me volví para enfrentarme a mi destino.

.: 0.0.1. La noticia :.

Lucía Fernanda, la criatura abominable que habita en el cuerpo enjuto y marchito de mi gerente, se acercó hasta mi mesa y apoyó su mano de dedos largos y uñas rojas sobre mi hombro.

No me sorprendió.

Había visto por el rabillo del ojo cómo avanzaba por el pasillo central de la oficina contoneándose, exhibiendo su maquillaje, y ya sabía que se dirigía hacia mi pequeño cubículo. Una llamada telefónica de uno de mis compañeros me había alertado de sus propósitos, y sabía que no tendría escapatoria: había llegado mi hora.

Me volví con una sonrisa ensayada, dejando que los ojos de ella se fijaran en la pantalla del monitor. No me había molestado en cerrar la página pornográfica que en ese momento consultaba, y advertí una leve contracción en sus labios, quizá un parpadeo excesivo, antes de que Lucía Fernanda se dignara a mirarme y sonreírme con todo su rostro.

—¡Enhorabuena! –dijo, acariciando mi hombro—. Mañana te incorporas en un nuevo cliente.

Asentí, aterrado, consciente de que mi época de libertad había desaparecido. Adiós a los compañeros de café, adiós a los tiempos muertos, adiós a las bromas y las risas. Una oferta económica adecuada me relegaba al papel de trozo-de-carne-en-venta, y Lucía Fernanda, reconozcámoslo, sabía mucho de vender carne.

—Perfecto —respondí, volviendo mi atención a las mujeres de curvas voluptuosas que poblaban mi pantalla—. Así tendré tiempo de refrescar mis conocimientos.

Lucía Fernanda asintió, su mente ajena por completo al concepto que los empleados denominados ironía. Me palmeó la espalda, volvió a sonreír como un tiburón en celo, y se marchó recorriendo el pasillo en dirección a su despacho.

Diminutos rectángulos blancos, brillantes como bombillas, se abrieron en la pantalla de mi monitor, relegando las aplicaciones con las que en ese momento trabajaba a un momentáneo segundo plano.

—Malditos, malditos, no me cogeréis —murmuré mientras cerraba apresuradamente todas las ventanas del programa de mensajería interna de la empresa.

Los compañeros, aquellas entidades sin forma que pululaban a mi alrededor sin dirigirme la palabra jamás, se abalanzaban sobre mí como una manada de conductores novatos al encontrar un accidente de tráfico. Sabían que Lucía Fernanda me había vendido, y me concedían diez minutos de gloria comunicativa. Incapaces de hablar con otro empleado, pues hacerlo implicaría abandonar por un instante sus sillas acolchadas equipadas con un preciso sistema hidráulico para regular su altura, me ofrecían sus mensajes como pie para que yo liberara mi dolor y lo compartiera con ellos. Ah, no se lo permitiría. Llevaba poco tiempo en aquella planta de moqueta verde y mobiliario gris, pero en la planta baja me quedaban compañeros que, al menos, sabían deletrear mi nombre. Allí acudiría con la esperanza de encontrar una despedida digna, un abrazo de consuelo, una lágrima –aunque fuera forzada– que consagrara nuestra separación.

Algo, al fin y al cabo, que me ayudara a recordar que, en el pasado, antes de aceptar mi primer contrato por obra, había sido un ser humano.

.: 0.0.2. La despedida :.

—Vamos, vamos, no será para tanto —dijo Luis, dándome una palmadita en la espalda mientras depositaba, una a una, siete monedas en la máquina de café.

No dije nada. Nos habíamos reunido un pequeño grupo para oficializar mi despedida, y no me sentía con fuerzas para enzarzarme en una discusión estéril con Luis. Todos tenemos nuestros pequeños defectos, y el de aquel chico de pelo alborotado, gafas de pasta y camisetas chillonas consistía en trivializar todo lo que nos ocurría a los demás. Su vida diaria, desde luego, poseía resonancias cósmicas. No pasaba un día sin que nos regalara una de sus estúpidas anécdotas, situaciones inverosímiles que, como no podía ser de otra manera, sólo le sucedían a él. Los demás bastante teníamos con vivir nuestras vidas en silencio tras arrastrarnos ocho horas diarias por la ignominia de un trabajo degradante.

—Seguro que allí conoces gente agradable —dijo Natalia, apoyada en la pared, exhalando el humo del tabaco hacia el techo.

Intenté descubrir en las volutas de humo algún signo que me ayudara a corroborar su opinión, pero no hallé nada. Tendría que confiar en mi proverbial buena suerte, y rezar para que la estancia en mi nuevo cliente fuera lo más breve posible. Siempre había estado ligado a proyectos internos de la empresa –si exceptuábamos la terrible semana que había pasado encerrado en las oficinas de un cliente cuyo nombre no recordaba, preparando una oferta que nunca llegó a fraguar–, por lo que la idea de abandonar el edificio y recluirme en otro, fueran cuales fuesen mis nuevas obligaciones, me provocaba pavor.

Luis se retiró con su café hasta la pared que ocupaba Natalia, y yo aproveché para introducir mis treinta y cinco céntimos y prepararme un chocolate caliente. Por la ventana abierta entraba una suave brisa, acompañada por las risas de los niños que jugaban en la piscina. El edificio de la empresa se levantaba junto a dos bloques de pisos, y los tres compartían el acceso a una enorme piscina con forma de tortuga. Y desde principios del mes de Mayo, siempre estaban allí los niños. Sonriendo, cantando, gritando, jugando.

Jodiendo a los que teníamos que trabajar, al fin y al cabo.

Recordaba haber tratado el tema en alguna ocasión con Lucía Fernanda, uno de esos días que mi vena sindicalista se había apoderado de mi cuerpo como un espíritu maldito. ¿Por qué no teníamos derecho nosotros a darnos un bañito, digamos, a la hora de la comida? Ella había sonreído, mostrándome sus dientes, las manos cruzadas bajo la barbilla, sin decir una palabra. ¿Para qué? No solía malgastar su tiempo, y desde luego no era necesario dar una respuesta a la estúpida pregunta que había planteado.

—Cómo te gusta hacerte el mártir —dijo Luis, y dio un sorbo de su taza de café.

Su comentario me devolvió a la realidad, la planta baja de la empresa de servicios que me pagaba el sueldo. Nos habíamos reunido Natalia, Jesús, Daniel y yo para oficiar la despedida, pero la imprevista presencia de Luis estaba arruinando mis últimos momentos de felicidad. Abrí la boca para decirle a Natalia lo que la echaría de menos, pero Luis aprovechó de nuevo para interrumpirme.

—Y llamar la atención, eso es lo tuyo —dijo, y sentí ganas de coger un centenar de clips y clavárselos en el rostro uno a uno, sin prisas.

—Mira, Luis —dije, después de un trago de chocolate caliente que me quemó la garganta—, este es un tema serio.

Daniel asintió, pero en realidad hablaba de otros temas con Jesús. Natalia ni siquiera me miraba. Luis aprovechó la ocasión para sonreír y ocultar su réplica ingeniosa tras la taza de café. Yo bajé la mirada, pensando qué más podía añadir. No se me ocurrió nada, así que permanecí allí de pie, sin hablar, hasta que la puerta de daba acceso a la sala de ordenadores se abrió y apareció Dolores, la secretaria.

—Te están buscando en la planta de arriba, Lucía Fernanda quiere que vayas a su despacho ahora mismo —dijo con su voz de iguana.

Si alguna virtud poseía Dolores, era su capacidad para irritarme. Su insoportable tono de voz, unido a la sensación de repulsión que me transmitía cuando me daba órdenes, me hacían sentir tal aversión hacia ella que muchas veces había deseado introducirle en la boca el cactus que descansaba junto al monitor de su mesa. Muchas veces, sí, pero nunca había hecho nada. En el fondo, yo nunca hacía nada que no estuviera previsto de antemano. Planificado, me decía yo a mí mismo. Pusilánime, me decían los demás.

—Claro, ahora mismo voy —dije.

Me volví para despedirme, pero todos habían aprovechado para escabullirse al interior de la sala en cuanto Dolores abrió la puerta. La secretaria me dedicó una mirada de desprecio y cerró de un portazo. Me quedé allí, solo, junto a las máquinas de bebidas, esperando que los grillos comenzaran a cantar. No lo hicieron, así que reuní el poco ánimo que me quedaba y subí por las escaleras, dispuesto a tener una patética charla de despedida con mi gerente.

.: 0.0.3. La charla :.

—Entra y cierra la puerta —dijo Lucía Fernanda cuando golpeé con mis nudillos en la puerta entreabierta.

Entré, sonreí, el tipo de sonrisa tras la que me ocultaba cuando me encontraba con un superior. Una sonrisa que me proporcionaba un aspecto mitad sumiso mitad bobalicón, ideal para escuchar un rapapolvo en silencio o para asumir sin rechistar un cambio inesperado en las planificaciones. En aquel momento me encontraba en una situación sutilmente distinta, pero lo cierto es que mi equipaje de miradas y sonrisas no era demasiado amplio. Advertí que allí dentro hacía calor, demasiado calor, y amplié más si cabe mi sonrisa. Me ponía nervioso el calor.

Lucía Fernanda, sentada tras su mesa en un enorme sillón de cuero rojo, buceaba en un mar de documentos, ajena por completo a mi presencia. Sostenía en su mano izquierda un rotulador que subía y bajaba como una guillotina, lanzando trazos sobre los folios como un carnicero lanza tajos sobre una pieza carne. Con su mano derecha giraba las hojas en una y otra dirección, lo que me hizo pensar que debían estar escritas en un idioma distinto del español. Eso, o eran currículums que debían ser modificados y mutilados al gusto de un posible cliente.

—Siéntate —dijo Lucía Fernanda sin mirarme—. En un momento estoy contigo.

Comencé a sudar. Hice ademán de sentarme, y entonces advertí que allí no había ninguna silla. En realidad, la decoración del despacho era bastante parca. Habían pintado las paredes de rojo, y aquello unido a la ausencia de ventanas y de aire acondicionado convertía el cuarto en un horno precalentado. En una de las paredes una estantería repleta de carpetas de tapas bermellón crecía desde el suelo hasta el techo como una mala hierba; la pared de enfrente, a la altura de la mesa, había sido invadida por una veintena de dibujos infantiles: folios con casas, familias, árboles y coches clavados a la pared mediante chinchetas. Nunca había estado en el despacho de mi gerente, reservado para momentos especiales como aquel, y en el fondo agradecía no haberlo visto antes.

—Bueno, como quieras, no te sientes. Seré breve —dijo Lucía Fernanda alzando la vista de la montaña de papeles.

Abrió uno de los cajones de su mesa y extrajo un fajo de papeles encuadernados con canutillo negro. En la portada, un cartoncillo negro surcado de hendiduras como si un gato hambriento hubiera estado jugando con él, aparecían mi nombre grabado con letras doradas. Gotas de sudor empapaban mi frente y mi camisa. Intenté mantener el control, ampliar la sonrisa, detener el visible temblor de mis manos. ¿Por qué no habían instalado allí un maldito equipo de aire acondicionado?

—Éste es el nuevo contrato —dijo mi gerente, entregándome el documento.

Lo tomé entre las manos, sopesándolo. Entre cuarenta y sesenta páginas a primera vista. Sentí un escalofrío. No recordaba que fuera necesario firmar un nuevo contrato para trabajar en un cliente externo. Aquello significaba que habían cambiado mis condiciones, quizá incluso el convenio al que me acogía. Me pregunté si no sería necesaria la presencia de un representante sindical en aquella reunión, pero lo deseché de inmediato. No quería incomodar a Lucía Fernanda con ese tipo de cosas.

Abrí el contrato por una página al azar. Las letras, impresas en un tipo demasiado pequeño y rebuscado, bailaron ante mis ojos como hormigas despistadas en el suelo del cuarto de baño. Hacía demasiado calor en aquel despacho, no podía concentrarme. Pasé un par de hojas antes de comprender que lo estaba sosteniendo al revés. Lucía Fernanda me mostraba su sonrisa de tiburón favorita, por lo que supe que había advertido mi torpeza. El sudor era un río desbordado en mi frente.

—Has terminado, ¿no? Devuélvemelo —dijo ella, extendiendo la mano.

Le entregué el contrato, y al cogerlo ella sentí un pinchazo en los dedos.

—Joder —murmuré, llevándome el dedo índice y el anular a los labios.

El borde de las hojas me había cortado la piel, dejando una leve línea roja que sangraba como un cerdo degollado. Sentí el sabor metálico de la sangre en la boca, y pensé que iba a desmayarme. No podía soportar ver sangre, y mucho menos la mía. Me apoyé contra la puerta, mareado. Lucía Fernanda sonreía, sosteniendo el contrato entre sus manos. Vi que una línea de sangre manchaba el borde de las hojas, y me tambaleé.

—Vamos, vamos, esto no es una guardería —silabeó mi gerente, y traté de reponerme.

Ella ya había guardado el contrato en el cajón de su mesa, cerrándolo con llave. Pensé en comentarle que mi sangre lo había manchado, que quizá sería buena idea imprimirlo de nuevo, pero recordé lo cuidadosamente que estaba encuadernado, y no tuve valor. ¿Y si me descontaban del sueldo lo que había costado, culpándome a mí del incidente? Había oído rumores en la oficina, compañeros a los que por motivos más absurdos les habían suspendido de empleo y sueldo. No, era mejor mantener la boca cerrada.

Lucía Fernanda se levantó de su sillón llevando uno de los documentos que había estado marcando con su rotulador en la mano. Lo sostuvo ante sus ojos, lo volteó, sonrió. Después se acercó hasta la pared –roja, como la sangre– y colocó el folio junto a los dibujos infantiles, clavándolo con cuidado en la pared con cuatro chinchetas que llevaba en la boca. En la hoja había dibujado un barco enorme, un barco pesquero con algunos tripulantes a bordo, y a su lado lo que parecía un pulpo enorme de color verde con alas. ¿Con alas?

Me sequé el sudor de la frente con mi mano buena. La otra seguía en mi boca, como si yo fuera un niño recién nacido.

—Mañana a primera hora vente a mi despacho, e iremos juntos hasta el cliente —dijo Lucía Fernanda—. Cierra la puerta al salir.

Asentí, abrí la puerta y salí al exterior.

Hacía frío allí fuera.

Advertí entonces, aterrado, que había olvidado un detalle importante: no había firmado el nuevo contrato. Me volví para subsanar el error, pero la puerta ya estaba cerrada, y no me sentía con fuerzas para volver a llamar.

—Ya lo haré mañana —murmuré, mirándome los dedos, y me dirigí al cuarto de baño a buscar unas tiritas en el botiquín.

.: 0.0.4. Hora extra :.

La tarde transcurrió con pereza. Dado que al día siguiente empezaba a trabajar en el nuevo cliente, decidí tomarme la tarde libre y dedicarme a navegar por Internet y leer correos. La navegación apenas me llevó veinte minutos, el tiempo que tardó en caerse el servidor. Acostumbrado ya a aquellos problemas, me dediqué a leer todos los mensajes pendientes que había acumulado de mis listas habituales: gastronomía y cultura oriental. En pleno mes de mayo, las conversaciones que los participantes generaban en las listas de correo versaban sobre el mismo tema: el horario de verano. Aún nos quedaban más de treinta días (laborables, claro; los días que uno siente que le roban por un pecado que no ha cometido, y los cuenta con la esperanza de que terminen cuanto antes) para que comenzara la jornada continua, y estábamos todos desesperados con el tema. Mandé algunas respuestas a preguntas concretas, seguí alguno de los temas que me interesaban aunque fuera de forma marginal, y terminé cerrando el cliente de correo y dedicándome a atar los cabos sueltos del trabajo que abandonaba.

Diez minutos antes de que terminara mi jornada se acercó hasta mi cubículo mi antiguo jefe de proyecto. Antiguo porque en mi nuevo cliente me asignarían uno nuevo, antiguo porque aparentaba tener más de cien años. Nunca me había atrevido a preguntarle la edad, por supuesto. Lo que menos desea un empleado es tener a un jefe –ya sea coordinador, jefe de proyecto, jefe de división, jefe de sala, gerente, consultor, director o cualquier otro cargo que esté por encima de empleado– que sepa algo más de ti que tu nombre, y cualquier forma de intimidad, ya sea respondiendo o formulando preguntas personales, supone un riesgo que no se debe correr. Mi antiguo jefe se acercó hasta mi cubículo, apoyó su mano derecha sobre mi hombro derecho, y me dedicó una mirada triste, de esas que le costaban una semana ensayando ante el espejo.

—Me ha dicho un pajarito que te largas —dijo.

—¿Un pajarito? —dije yo.

—Es una forma de hablar —respondió y, sacando un mechero del bolsillo, encendió un cigarrillo.

Yo asentí en silencio, bajé la vista, tecleé un par de instrucciones. En el monitor las letras danzaban tras la niebla procedente del cigarrillo. Imaginé al resto de empleados en sus sillas, esperando el momento adecuado para levantarse y recordarle a José María, nuestro jefe de proyecto, que no estaba permitido fumar en la sala. Imaginé sus rostros indignados, sus palabras airadas mientras todos se alzaban y le gritaban que cumpliera la normativa vigente en la empresa.

—¿Dejarás terminado lo tuyo? —dijo José María, y las volutas de humo formaron un diagrama de flujo imperfecto en el aire.

—Claro —respondí.

—Mejor, no querría tener que elevar una queja —dijo él, y se marchó tras convertir mi cubículo en una réplica a escala de la niebla de Londres.

Sonreí, abrí de nuevo mi correo... y ahí estaba la trampa. Una petición de última hora. Para ayer. Comencé a sudar. Me llevaría algún tiempo terminarlo, quizá una hora o dos. Recordé las palabras de nuestros representantes sindicales: hacer horas extras sin una compensación a

cambio es similar a robar un puñado de euros de la cartera de cada uno de tus compañeros.

—En fin —murmuré, y abrí el documento de especificaciones que acompañaba al correo.

Ya había anochecido cuando di por terminado el trabajo. Me dolía la cabeza, sentía la boca seca y tenía los dedos entumecidos. Miré el reloj del ordenador y suspiré. Las diez y media. Apagué el ordenador con la sensación de que se me olvidaba algo, una sensación que siempre me acompañaba los días de entrega. Abrí el cajón y saqué una pequeña hucha en forma de oveja negra. La vacié sobre la mesa –un puñado de monedas y un papel con un número de teléfono apuntado– y guardé el contenido en mi cartera. No sabía cuándo volvería a mi puesto, y las monedas me vendrían bien para tomar un café en la nueva empresa. Decidí dejar la hucha en el cajón, con la esperanza que, al verla allí, respetaran mi sitio hasta que volviera. Sabía que no funcionaría, claro. Se trataba de un acto simbólico.

Me levanté, recogí mis bolígrafos y mis cedes de música, y me dirigí hacia la puerta de salida. Mientras recorría el pasillo, enmoquetado en verde y de menos de una milla de longitud, pensé en cuántas cosas dejaba atrás. Cuántos amigos, cuántos compañeros, cuántas anécdotas.

Todo sumado no llegaba a seis.

Recorrí toda la sala, bajé por las escaleras, me asomé a la sala de la planta baja y salí a la calle sin cruzarme con nadie. El único desafortunado que hacía horas extras era yo. Me pregunté si en el nuevo cliente seguirían igual las cosas. Todavía no sabía el nombre de la empresa que me subcontrataba, así que por muchas vueltas que diera al tema no pasarían de ser meras elucubraciones sin sentido. Lucía Fernanda tendría todo atado y bien atado, sin duda. Y si le reportaba más beneficios el hecho de que yo careciera de vida personal en favor de la empresa, me pasaría allí dentro encerrado para los restos si era necesario.

Pensar en ello me hacía sentirme indefenso. Demasiado indefenso. Yo tenía una vida plena más allá de mis deberes laborales. Tenía amigos –no muchos, cierto, pero muy buenos–, me gustaba ir al cine, cenar fuera, el teatro, salir al campo. Cierto es que la mayor parte del tiempo la pasaba sentado ante el televisor, dejando que transcurriera el tiempo hasta la cena, pero ello se debía al estado de agotamiento y ansiedad que me provocaba mi trabajo. Tenía tantos proyectos personales en mente, que había decidido comprarme un cuaderno para llevar nota de todos ellos. Dentro de nada empezaría a llenar páginas y más páginas con ideas innovadoras y brillantes. Sólo necesitaba un poco más de tiempo libre.

Y vender la televisión.

Decidí darme un homenaje. Una última cena antes de acudir a mi nuevo cliente. Conocía un encantador restaurante japonés junto a mi casa donde preparaban la mejor *tempura* de la ciudad. Lo incluía en el listado de restaurantes caros, pero aquella noche me sentía predispuesto a derrochar parte de mi paga. La última vez que había comido en un restaurante japonés había sido un completo desastre –uno de mis amigos incluso había vomitado con el *sushi*, mientras su mujer me dedicaba una de esas miradas que me revuelven el estómago y hacen que sude como un cerdo–, y no sabía a ciencia cierta por qué deseaba repetir.

Llegué hasta el aparcamiento y fue entonces cuando recordé que no había traído coche. Lo había dejado en un garaje de confianza para la revisión anual, y había venido en autobús desde mi casa. Un viaje de más

de una hora leyendo las mismas noticias en tres periódicos gratuitos distintos mientras dos mujeres sentadas delante de mí hablaban sobre el colegio de sus hijas, sobre sus maridos, sobre el precio del pescado, sobre las vacaciones de verano, sobre todas esas pequeñas cosas que no queremos escuchar cuando estamos leyendo. Ahora ya estarían en sus casas, quizá preparando la cena, quizá viendo la televisión, mientras yo entrelazaba los dedos para controlar la rabia y pensaba qué demonios podría hacer para salir de allí. No tenía coche, y el último autobús que iba para el centro había salido, según mi reloj, hacía más de veinte minutos.

—Genial —murmuré—. Simplemente genial.

Sólo podía hacer una cosa: llamar a un taxi. Cogí el móvil y marqué el número de información. Una señorita retuvo mi llamada durante unos segundos antes de pasarme con una banda sonora, que mantuvo su volumen imperturbable mientras yo maldecía en varios idiomas. Cuando terminaron los dos primeros temas otra señorita me atendió y me dio un número de teléfono para llamar a una empresa de taxis. Maldije de nuevo, colgué y llamé. Un hombre con voz ronca cogió mi llamada y, tras apuntar la dirección, dijo que enviarían a un taxi.

—En cuarenta y cinco minutos estará allí —dijo.

—Genial. Simplemente genial —respondí, y me senté en el suelo a esperar.

.: 0.0.5. La aparición :.

Miré la esfera luminosa de mi reloj de pulsera, un regalo de mi madre por mi cumpleaños. Al principio había sentido cierto reparo por llevarlo, ya que las agujas que marcaban la hora habían sido sustituidas por dos alegres muñecos de colores brillantes que danzaban sobre un fondo de flores rosas. Mi madre había aplaudido mientras yo desenvolvía el paquete –un lazo rosa, papel brillante con dibujos de niños sonrientes jugando en un parque de atracciones, una nota que decía "para mi pequeñín"–, y después me había animado a colocarlo en mi muñeca con susurros y medias sonrisas.

—Me dijo que usted tenía diez años —había dicho la enfermera con cara de circunstancias—. Y que se llamaba Belén.

Yo había sonreído, le había enseñado el reloj a mi madre –muy probablemente era la primera vez que lo veía– y después me había marchado de la residencia acompañado del habitual remordimiento de conciencia.

Las agujas marcaban las once de la noche, y no había rastro del taxi por ninguna parte. Pensar en mi madre había servido de empuje a mi ánimo, ya de por sí decaído, para descender un escalón más hacia la depresión. Hacía demasiado tiempo que no me acercaba por la residencia a compartir con ella un poco de mi tiempo. De hecho, desde mi último cumpleaños, siete meses atrás. Ni siquiera había pasado a verla por su cumpleaños, aunque no parecía factible que ella lo recordara.

—¿Dónde cojones se habrá metido ese taxista de mierda? —murmuré entre dientes.

Me levanté y di un paseo por el aparcamiento. Visto de noche, bajo la iluminación procedente de los focos instalados en la primera planta de la empresa, despedía una sensación fantasmagórica, producto de la soledad y las sombras imposibles que reptaban por el suelo gris. Caminé hasta uno de los extremos, el más cercano a la carretera, el más alejado del edificio, y observé sin interés los trazos luminosos de color rojo que rasgaban la autopista. Al otro lado, más allá del puente que colgaba sobre el tráfico como un insecto de metal oxidado por el paso del tiempo, se levantaban los edificios del resto de empresas de servicios que se habían instalado en el polígono industrial. No había luces en las ventanas, claro. A excepción de algún vigilante jurado, yo era el único ser humano que permanecía allí, esperando un maldito taxi que no aparecía.

Fue entonces cuando noté el temblor.

Empezó como un cosquilleo bajo mis pies, como si un millar de hormigas corretearan por el interior de mis botas. Después oí un rumor, que fue creciendo en intensidad, hasta convertirse en el aullido de una bestia herida con inflamación grave en sus cuerdas vocales. De pronto me costaba mantenerme en pie. Todo se movía a mi alrededor como si me encontrara en el interior de un bibelot y alguien lo agitara arriba y abajo. Y aquel ruido horroroso taladrando mis oídos...

Retrocedí hacia la seguridad de la empresa, incapaz de recordar en aquellos instantes las recomendaciones en caso de terremoto. Pero no había dado dos pasos cuando vi saltar por los aires los primeros trozos de cemento. Procedían de uno de los solares no edificados del polígono, apenas a un centenar de metros de donde me encontraba; un lugar desolado que algunos empleados, cuando el aparcamiento se saturaba, utilizábamos

como alternativa para dejar el coche. Y ahora veía cómo el suelo saltaba por los aires y daba paso a algo enorme, colosal, que brotaba de las entrañas de la tierra como una mala hierba. Aterrado, corrí hasta la entrada del edificio de oficinas en el que trabajaba, y golpeé con desesperación las puertas.

Nadie acudió a abrir, desde luego. Allí no había nadie más.

Me volví sólo para descubrir cómo aquella cosa terrible, informe, monolítica, surgida del mismo infierno, nacía a través de capas de cemento y alquitrán, proyectando su sombra monstruosa sobre mí. Grité como una niña que se queda sin caramelos y caí de rodillas al suelo. Cerré los ojos, los cubrí con mis manos. ¿Qué clase de abominación arquitectónica estaba presenciando? Debía de estar soñando. No podía ser real. No.

Cuando desperté, el edificio todavía estaba allí.

Fuera lo que fuese, en el lugar que anteriormente ocupaba el solar ahora crecía un edificio blanco, acristalado, de más de cinco pisos de altura. Y ninguna de sus ventanas estaba iluminada. El temblor había concluido, el silencio se había apoderado de nuevo del aparcamiento, y yo continuaba arrodillado ante la aparición como si esperara la comunión.

Unos faros iluminaron mi rostro, y un coche se detuvo frente a mí.

—¿Ha pedido un taxi? —dijo una voz tras las luces.

Me levanté temblando, caminé hasta el vehículo. La pernera derecha de mi pantalón estaba empapada, y no quise pensar por qué.

—¿Ha... ha visto... eso? —balbuceé mientras entraba en el coche.

El conductor me dedicó una mirada agria por el retrovisor.

—¿Visto el qué? —dijo, y no me atreví a insistir.

Alucinaciones, sufría alucinaciones por el estrés. No podía ser otra cosa. Aquel edificio no estaba allí, desde luego. No podía estarlo.

—Nada —murmuré—. Nada.

—Bien, pues entonces en marcha —dijo el taxista, y arrancó el vehículo en dirección a la autopista.

Yo miré de reojo una vez más aquella aberración, descubriendo unas letras enormes grabadas en uno de los laterales. Intenté leerlas, pero avanzábamos demasiado rápido y ya la oscuridad de la noche devoraba el edificio. Sentado en el taxi, recé en silencio para que aquello no estuviera allí al día siguiente.

Y, si seguía allí, que no fuera la empresa de mi nuevo cliente.

.: 0.0.6. La confirmación :.

—Tienes una cara horrible —dijo Natalia.

Asentí con la mirada mientras tomaba un sorbo de mi lata. Las burbujas de gas se lanzaron a una frenética carrera por invadir mi garganta, y recé para que la cafeína se apoderara de mi sistema nervioso con la misma facilidad. No había pegado ojo en toda la noche. Me dolían las articulaciones y sentía cierto mareo al mover la cabeza, como si tuviera principio de gripe o una resaca de anís.

—No será por el trabajo —dijo Luis—. Ya quisiera yo que me llevaran a un nuevo cliente.

Miré al cielo, al techo para ser más exactos. Una araña había tejido su tela en una de las esquinas, y esperaba pacientemente a sus víctimas colgada de un hilo. Una buena vida, sin duda. Esperar sentada a que vengan a tí, no mover un dedo hasta que tu objetivo está atrapado en la red. Me resultó muy familiar esa forma de actuar, como si lo hubiera visto antes en algún compañero, o algún jefe, pero no pude precisar a quién se parecía.

—¿Y cuándo empiezas? —preguntó Daniel.

Demasiado pronto, pensé. Y todavía no había tenido tiempo para hablar con Lucía Fernanda sobre los horarios. No me apetecía encontrarme con una sorpresa desagradable al llegar a la nueva empresa. Algunos compañeros habían terminado, sin saberlo previamente, trabajando en soporte, lo que conllevaba horas extras, turnos y sábados de implantación. Y los sábados, aunque mi religión no sea la judía, son sagrados.

—Hoy mismo —respondí yo.

Me volví y caminé hasta la ventana. Más allá de los cristales, recortado contra el horizonte de edificios del polígono, se levantaba la mole de cemento, aluminio y cristal que había visto nacer la noche anterior. Verlo allí, en un lugar donde no debería haber nada, me provocaba escalofríos. La fachada gris, tachonada de ventanas redondeadas de cristales negros, presentaba un aspecto rugoso, surcado de líneas que recorrían el cemento dándole un aspecto demasiado similar a la piel. Una piel descascarillada, moribunda, convertida en piedra por el paso de los siglos. Cables del grosor de un hombre descendían desde la azotea hasta la entrada, entrelazándose bajo las ventanas y sobre ellas, formando un entramado desagradable a la vista, quizá por los colores rojos y azules que los instaladores habían escogido para el cableado, quizá por su parecido con un torrente de venas y arterias.

—¿Qué os parece el edificio de enfrente? —pregunté una vez más, sin apartar la vista de la ventana.

Apreté con tanta fuerza la lata que terminó doblándose por la mitad. Ya había realizado antes la misma pregunta a mis compañeros de viaje en el autobús, al conductor, al guardia de seguridad de la puerta, a una mujer que paseaba el perro por la calle. Todos habían respondido con normalidad, como si no hubieran advertido nada extraño, como si aquel edificio llevara años allí. Y lo peor de todo era lo convincentes que resultaban. En ningún momento había sentido que aquellos desconocidos mintieran, o estuvieran urdiendo un plan conspiratorio para volverme loco. Simplemente para ellos el edificio siempre había estado ahí.

—No sé, curioso —dijo Natalia—. Siempre me ha llamado la atención.

Me temblaron las manos y dejé caer la lata al suelo. Sonriendo a modo de disculpa, me agaché, la recogí y la dejé caer en uno de los cestos de basura. Luis se acercó hasta la ventana, miró al exterior.

—¿No es ahí donde tienes que ir hoy? —dijo, mirándome a los ojos, y un escalofrío me recorrió la espalda.

Varias ventanas se abrieron en las plantas superiores de aquella alucinación sólida. El edificio prestaba atención a nuestras palabras, ansioso por devorarme cuando acudiera allí, dentro de unos minutos, acompañado por mi gerente. Todavía no había hablado con ella, pero ¿a qué otro sitio podría ir? El edificio me esperaba con las puertas abiertas, sabedor de que yo era el único que conocía su secreto.

La puerta de la sala de ordenadores se abrió y Dolores asomó su cabeza reptiliana.

—Lucía Fernanda te está esperando —dijo, sin prestar atención a los demás—. Y deberías desayunar en tu planta, que para eso hemos instalado arriba una máquina de café.

No me molesté en responder. Le dediqué una de mis mejores sonrisas a Natalia –que correspondió agitando la mano en señal de despedida– y me marché escaleras arriba sin despedirme del resto. Yo ya no pertenecía a aquel lugar, ya no me identificaban como un empleado con proyecto propio. Me había transformado en un extraño para ellos. Sabía que en el fondo no querían hacerlo, pero sus últimas miradas me habían hecho sentirme como un leproso, un apestado. O, peor aún, un superior.

Lucía Fernanda me esperaba en su despacho, sentada en su sillón rojo. Entré y permanecí de pie hasta que alzó la mirada. En una de sus manos sostenía un huevo duro, y lo pelaba con sus largas uñas rojas. Yo prefería desayunar un bollo, o quizá una pieza de fruta, pero Lucía Fernanda sostenía que un huevo duro por las mañanas revitalizaba y te ayudaba a realizar con más ánimo tu trabajo diario.

—Bien, vamos allá —dijo, sonriendo como un tigre escapado del circo.

Se levantó y me indicó que saliera del despacho. Después cerró con llave, una precaución que tomaba desde un día que, según contaba, le había robado un bolígrafo de acero inoxidable con su nombre grabado en letras de oro.

—¿Dónde vamos? —pregunté, reuniendo todo mi valor.

–Al edificio del cliente, claro. Está aquí enfrente —dijo ella con naturalidad.

Atrapado en sus redes, incapaz de plantar cara, bajé las escaleras tras ella. Temía lo peor, pero carecía de la entereza suficiente para afrontar mi destino con arrojo. Si aquel lugar malsano surgido de las entrañas de la tierra se convertía en mi nuevo puesto de trabajo, lo aceptaría con estoicismo. Al fin y al cabo, tenía una hipoteca que pagar.

Salimos a la calle, yo siempre un par de pasos detrás. Nos detuvimos un instante, lo suficiente para que Lucía Fernanda estirara su brazo de forma imposible y, señalando el abominable sistema circulatorio que reptaba por aquella pared de cemento desgarrada, se volvió y me dijo:

—Tu nueva empresa.

Yo asentí, agaché la cabeza.

Ya hablaríamos más tarde de los horarios.

.: 0.0.7. La llegada :.

Un hombre alto, de pelo blanco y ojos oscuros, nos esperaba en la entrada del edificio. Llevaba uniforme gris y botas rojas, y de su cinturón pendía una cartuchera marrón de la que sobresalía la culata negra de un arma automática. El hombre, guardia de seguridad del edificio, había enrollado alrededor de su antebrazo derecho una larga cadena hecha de eslabones de acero del tamaño de mi puño que terminaba en tres collares tachonados de largas púas metálicas. Los collares engarzaban a la perfección alrededor del enorme y musculoso cuello de tres hermosos ejemplares de rottweiler.

—Qué perritos más monos —susurré mientras ascendíamos por los escalones que conducían a la puerta de entrada.

Los animales me miraron con sus ojos afilados, inyectados en sangre. No ladraron ni realizaron ningún movimiento, sabedores de su condición de amenaza, y se limitaron a seguir mis pasos con mirada aviesa y entreabrir un poco sus bocas enormes, permitiéndome atisbar durante un segundo sus aterradores dientes.

—Buenos días, teníamos una cita —dijo Lucía Fernanda, acariciando la cabeza de uno de aquellos perros.

El guardia de seguridad comprobó en una tablilla que sostenía en su mano izquierda nuestros nombres, y nos indicó sin pronunciar palabra que podíamos entrar.

—Vamos, vamos, no queremos llegar tarde —dijo Lucía Fernanda, empujándome para que entrara.

Nos encontrábamos tan cerca de los cables que, como una planta trepadora enloquecida, recorrían el edificio, que sentí durante un segundo cómo palpitaban. Desde luego debían de ser imaginaciones mías, los cables no podían palpitar. Aunque, bien pensado, los edificios tampoco brotaban de la tierra como setas. Necesitaba una visita al psiquiatra, y la necesitaba ya. Antes de traspasar el umbral le dediqué un último vistazo al guardia de seguridad y sus animales. Me arrepentí al instante.

Tras las enormes cabezas de los rottweiler no había tres enormes cuerpos. Sólo había un monstruoso torso, negro como el fondo de un monitor apagado, sostenido sobre cuatro columnas azabache terminadas en cuatro garras desproporcionadas. Sacudí la cabeza, cerré los ojos, parpadeé. Cuando volví a mirar ya estábamos dentro del edificio, y los cristales de la puerta de entrada no permitían ver el exterior.

Me detuve junto a la puerta. Por mi mente circularon las más disparatadas ideas para escapar de allí. No podía continuar con aquella farsa, acompañando a Lucía Fernanda hasta mi nuevo puesto de trabajo, mi lugar de condenación eterna. Aquel edificio no existía más que en mi mente, no era real, por mucho que todos mis compañeros y mi gerente afirmaran que llevaba años allí plantado.

—¿Se puede saber qué te pasa ahora? No seas niño, hombre —dijo Lucía Fernanda, cogiéndome del brazo y arrastrándome hasta la recepción.

Allí nos esperaba una mujer delgada, ensimismada con las imágenes que se proyectaban en su terminal de pantalla plana.

—¿Cómo se llama esta empresa? —susurré.

Lucía Fernanda puso los ojos en blanco antes de responder.

—SEDAH —deletreó—. Había un cartel gigante en la entrada, ¿es que no te fijas en nada?

—Supongo —dije—. ¿Qué significan las letras?

Lucía Fernanda habló con la mujer de recepción –rostro pálido con ojeras, manos de dedos delgados con uñas rotas– sobre nuestra llegada, y ella tecleó algo y esperó la respuesta en el terminal mientras asentía una y otra vez con movimientos compulsivos.

—Sistemas Expertos de Diseños Automatizados —dijo Lucía sin mirarme.

La recepcionista llevaba un jersey largo que cubría su cuello y sus brazos, pero al volverse para hablar con mi gerente pude ver sus muñecas repletas de cicatrices, como si un lobo se hubiera ensañado con ellas. Aparté la vista, sonrojado por aquella intromisión no deseada en su intimidad. La vida no la había tratado bien, desde luego.

Aproveché la conversación entre ambas mujeres para admirar la entrada del edificio. Todo a mi alrededor brillaba. Las paredes acristaladas, los suelos encerados, las escaleras pulidas. La luz brotaba de un cono de unos cuatro metros de ancho en su parte más ancha, que pendía del techo por su base y se hundía justo en el centro de un círculo de mármol blanco grabado en el suelo. A ambos lados del cono dos ascensores de puertas metálicas refulgían como si una miríada de rayos de sol se deslizaran por su superficie. Sin embargo, la luz del sol no atravesaba los cristales. La única luz procedía del cono y se derramaba a su alrededor como un bote de miel quebrado.

Una puerta negra se abría en una de las paredes del fondo, junto a los ascensores, y un poco más a la derecha un pasillo se perdía entre salas acristaladas. No se veían escaleras por ninguna parte; la única forma de acceder a otras plantas parecía ser el ascensor.

—Vamos, ya podemos entrar —dijo Lucía Fernanda, y avanzó con paso rápido en dirección a los ascensores.

Yo la seguí, atento a todo lo que veía. Hacía calor allí dentro, más que en el exterior. Mientras veníamos había visto una columna de humo surgir del techo del edificio, de lo cual había deducido que la calefacción todavía estaba en marcha. Siendo las fechas que eran, iba siendo hora de desconectarla. Llegamos a las puertas de los ascensores y Lucía Fernanda pulsó el botón de llamada, que se iluminó como la cabeza de una cerilla. Sobre los ascensores un cartel mostraba en letras doradas el nombre de la empresa.

—¿Qué significa la letra hache? —pregunté.

Lucía Fernada me dedicó una mirada desapasionada.

—La letra hache es muda —respondió.

Las puertas del ascensor más cercano se abrieron, y sin pensármelo dos veces entré. Lucía Fernanda se quedó fuera, mirándome. Cuando me volví, las puertas ya se cerraban.

—Ya te dirán cuál es tu sitio, no te preocupes —dijo, despidiéndose de mí con la mano.

Me abalancé sobre las puertas, pero llegué un segundo tarde. Ya estaban cerradas. Nervioso, busqué el botón para abrir en el lateral de la puerta.

No existía.

El único botón que había mostraba una flecha roja brillante.

Abajo.

.: 0.0.8. Bajando :.

El ascensor descendía con suavidad, el silencio sólo roto por un débil ronroneo de cables y el sutil roce de metal contra metal. Sentado en el suelo con las piernas cruzadas, traté de relajarme mientras nos hundíamos más y más en las profundidades de la empresa. Había perdido la noción del tiempo aislado en el interior de aquel ataúd de metal, pero debía de haber transcurrido más de media hora desde que había comenzado a descender. Hacía calor, tenía la espalda empapada y las mejillas ardiendo, y estaba empezando a dolerme la cabeza.

Volví a mirar el panel de mandos del ascensor. Un botón. Una flecha roja iluminada que apuntaba directamente al corazón del planeta. No pude reprimir un escalofrío. Cada vez que pensaba en el contrato que Lucía Fernanda me había entregado con su sonrisa especial confía-en-mí-que-yo-no-te-mentiría me maldecía un millón de veces por no haberlo leído. Viendo cómo evolucionaba el tema mucho me temía que conceptos como horarios ajustados o vacaciones pagadas perdían sentido segundo a segundo. Allí abajo, me esperara lo que me esperase, no habría representación sindical, de eso estaba seguro.

Sequé el sudor de mi frente con el dorso de la mano, me levanté y paseé por el metro cuadrado de superficie del ascensor, dando vueltas sobre mí mismo, convertido en un tiovivo de carne y sangre. Las paredes habían sido sustituidas por espejos de cuerpo entero que deformaban mi figura: encorvaban mi espalda, inflaban mi abdomen, amarilleaban mi piel y mostraban cientos de canas repartidas de forma aleatoria por mi pelo. Acerqué la palma de mi mano hasta uno de ellos y acaricié la superficie. Noté la vibración de la velocidad en la punta de los dedos, y me pregunté si a partir de ese ínfimo dato sería capaz de calcular los metros que habíamos recorrido desde la superficie. En realidad, creo que prefería no saberlo.

Volví a pensar en el contrato que Lucía Fernanda me había entregado. No recordaba haberlo firmado. Sonreí. Un clavo ardiendo al que agarrarse. En cuanto aquel maldito ascensor se detuviera, hablaría con el encargado y le diría que no tenía sentido que yo estuviera allí, y mucho menos sin un contrato firmado. Contento como un niño con zapatos nuevos, salté varias veces y aplaudí, improvisando un bailecito.

Tardé varios minutos en advertir que deliraba.

El calor insoportable aumentaba a medida que descendíamos. Opté por desabrocharme la camisa, y mis reflejos en el espejo miraron con cierta repugnancia. La luz del botón seguía iluminada, brillante, un incendio no provocado que me quemaba el alma. Me senté de nuevo en el suelo metálico del ascensor, sintiendo la humedad de mi sudor en la piel cuando la tela del pantalón rozó mi cuerpo. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que llegara a mi destino?

Busqué en los bolsillos del pantalón algo para entretenerme. En el primero que comprobé sólo llevaba las llaves de casa, un pañuelo de papel hecho una bola y un puñado de monedas sueltas. En el otro, la cartera con las tarjetas, el carnet de identidad y algunos billetes arrugados. Recordé entonces que llevaba el teléfono móvil colgado del cinturón. Todo estaba arreglado. Llamaría a la policía y saldría de allí al instante. Que me ingresaran en un centro psiquiátrico si lo consideraban necesario, pero no pasaría ni un sólo minuto más en el interior de aquel edificio demoníaco.

Encendí el móvil, miré la pantalla.

No tenía cobertura.

Empecé a reír. Al principio fue una risa normal, la típica risa que acompaña los comentarios graciosos de un compañero de trabajo. Después se transformó en un grito ronco, desgarrado, en un trueno que acompañó a la tormenta de lágrimas que brotaba desde mis ojos como manantial sagrado. Reí, lloré, lancé el móvil contra el suelo y lo pateé, golpeé las paredes con las manos tratando de romper los espejos, grité de dolor y de rabia y de pena y de miedo.

Creo que fue entonces cuando me venció la tensión, y sufrí un desvanecimiento.

Y fue entonces, en el mismo momento que mi cuerpo retorcido y empapado de sudor caía al suelo entre espasmos, cuando sentí cómo la vibración del ascensor sufría una sutil variación, y el rumor de roce de metal contra metal se hacía más evidente.

Estábamos deteniéndonos.

.: 0.0.9. El nuevo puesto de trabajo :.

Una lluvia fina caía sobre mi rostro, empapándome. Abrí la boca, permitiendo que me refrescara por dentro. Las gotas de lluvia se deslizaron por mi lengua al interior de la garganta, y sentí su calor en mi estómago, reconfortándome. Algo ardía en mi cabeza, en mi cerebro. Intenté moverme en la oscuridad hasta que comprendí que mis ojos estaban cerrados. Noté un sabor desagradable en la boca, me ardían las mejillas allí donde la lluvia me había alcanzado. Abrí los ojos, y la luz me cegó. Volví a cerrarlos y traté de incorporarme. Una mano fuerte, de dedos gruesos, me tomó del antebrazo y me ayudó a ponerme en pie.

—Vamos, hay mucho por hacer —dijo una voz.

Cada sílaba desprendía autoridad, y en el tono pude incluso atisbar algo –leve, ínfimo– de piedad. Abrí de nuevo los ojos, y poco a poco me acostumbré a la luz cubriendo mi rostro con una mano temblorosa.

—Te llevaré a tu puesto de trabajo —dijo la voz, arrastrándome con ella.

Salí del ascensor, trastabillé, mantuve el equilibrio. Caminábamos por un pasillo de paredes grises, húmedas. Grandes porciones de una masa verde oscura (¿musgo? ¿légamo?) inundaba el cemento y crecía hacia el techo, invadiendo su terreno. El rumor de maquinaria llegaba hasta mis oídos procedente de todas partes, como si camináramos por el interior de un enorme motor. Resbalé al pisar algo que se escabulló entre mis piernas silbando una melodía demasiado familiar para no resultar perturbadora. Ahogué un grito, parpadeé varias veces y traté de enfocar la vista en la persona que me ayudaba a caminar. Sólo pude ver una sombra negra, grande, con algo parecido a una cabeza surgiendo de una espalda retorcida de forma imposible. Si aquel hombre tenía columna vertebral se la habían fabricado en una empresa de colchones de muelles.

—Tranquilo, ya estamos llegando —dijo la voz, y vi que surgía de algún lugar situado en su enorme cabeza.

Miré la mano que tiraba de mi antebrazo. Tres dedos negros como el carbón terminados en largas uñas rojas lo rodeaban por completo. Volví a mirar a mi acompañante, y di gracias al cielo por no ser capaz de enfocar completamente la vista. Fuera lo que fuese lo que tiraba de mí y me llevaba a mi nuevo puesto de trabajo, no podía ser humano. Quizá un gerente, sí, pero desde luego no un empleado o un jefe de proyecto.

Algo rozó mi cara. Del techo pendían largos hilos blancos que nos acariciaban mientras avanzábamos. Ahora el color de las paredes se tornaba negro, y a un lado y a otro crecían enormes puertas de madera de ébano, todas ellas cerradas. De nuevo comenzó a llover, una lluvia caliente que empapaba mi rostro, mis manos, mi cuerpo.

—¿Falta... mucho? —pregunté, y la sombra oscura que era la cabeza de mi acompañante se agitó a un lado y a otro.

—No, ya estamos cerca —dijo.

Las fuerzas me fallaban. Traté de mantener el equilibrio. Caminábamos sobre un suelo irregular y mis zapatos resbalaban al pisar las zonas más húmedas. El único anclaje a la realidad me lo proporcionaba la garra negra que me sostenía y me ayudaba a avanzar. Temblé.

—¿Dónde... dónde podría encontrar a un representante sindical? —susurré.

La carcajada atronadora de mi acompañante perforó mis tímpanos. Durante un segundo creí caer al vacío, y un instante después de nuevo me sostenía su mano.

—Así me gusta, que tengas sentido del humor. Te hará falta cuando conozcas a tus nuevos compañeros —dijo la voz, y yo me pregunté cuál había sido mi chiste.

Miré al suelo, tratando de no caer. Vi que caminábamos sobre piedras blancas, marrones, de gran tamaño, redondeadas. Me resultaron familiares. No quise saber más. Al llegar a una intersección del pasillo, giramos a la derecha y avanzamos algunos metros más. De pronto, nos detuvimos.

Frente a mí se abría una puerta metálica, gris, con símbolos extraños grabados en sus hojas.

—Tu nuevo puesto —dijo la voz, y me vi lanzado al interior.

Caí de rodillas, apoyé las manos en el suelo. Allí dentro hacía calor, había luz. Me volví.

La puerta se cerraba.

—¿Cuál... cuál es el horario aquí? —grité.

La puerta se cerró con estruendo, y yo que me quedé allí, de pie, mirándola como un bobo.

Entonces oí una voz a mis espaldas.

—Sobre el horario mejor no preguntes

.: 0.1.0. Nuevos compañeros :.

—Bienvenido, mi nombre es León —dijo el hombre de ojos grises, tendiéndome la mano.

La estreché con fuerza, tratando de aparentar una tranquilidad que no sentía. León esbozó una sonrisa forzada, de circunstancias, mientras me indicaba dónde debía sentarme.

—Éste será tu sitio —dijo, señalando una silla gris metálica, con las patas firmemente ancladas al suelo.

En el interior de aquel lugar la luz procedente de los focos halógenos instalados en el techo nos cegaba. Destellos malvas y azules se deslizaban sobre los monitores y las mesas y las sillas como si una carga eléctrica los recorriera. Me acerqué hasta la silla que me habían asignado y, con precaución, rocé la superficie con un dedo. Nada ocurrió, aunque tampoco me hubiera sorprendido demasiado haber acabado carbonizado. Sobre la mesa –gris, metálica– que acompañaba a la silla habían instalado un monitor tan fino como un cuaderno de anillas, y a sus pies un teclado plateado junto a un ratón de color gris. La pantalla del monitor estaba apagada, un agujero negro en el que se reflejaba el rostro de un hombre desesperado, mi propia imagen.

—El ordenador se enciende automáticamente cuando te sientas —dijo un hombre, sentado a mi lado en otra silla gris.

Sostenía en una mano algo que, en un primer vistazo, me pareció una naranja. Jugueteaba con ella, dejando que resbalara entre sus dedos, lanzándola al aire y recogiéndola al caer, sin perderla en ningún momento de vista. Con la otra mano tecleaba, sin mirar a la pantalla, de una forma tan compulsiva que me hizo sentirme ridículo allí, de pie, mirándolo.

La distribución de la sala, si se podía denominar así a aquel cuartucho de apenas diez metros cuadrados, consistía en cuatro sillas y cuatro mesas metálicas orientadas hacia las paredes, dejando un hueco central ocupado por una estructura rectangular, alargada, de difícil identificación, pero que podría tratarse de un generador de electricidad. En la pared opuesta a la de la puerta de entrada se erguía un largo tubo de acero que, surgiendo de la estructura rectangular central, se perdía más allá del techo. Los cables, supuse. Ya descubriría más tarde lo equivocado que estaba. A mi lado se sentaba el hombre de la naranja; en la pared opuesta León y un joven de aspecto enfermizo que no había levantado la mirada de su terminal.

—No... no parece que haya ventanas aquí —murmuré mientras me sentaba.

—No creo que nadie quisiera mirar por ellas —respondió el hombrecillo de la naranja, que vista más de cerca se convertía en una pelota de plástico blando, de esas que se utilizan para no perder los nervios.

—Claro, claro —dije.

El terminal se iluminó con un fogonazo azul y blanco, como si funcionara con gas. Poco a poco una imagen invadió la pantalla: el logotipo de la empresa, cuatro trazos rojos sobre un pentagrama blanco, y justo debajo del pentagrama las letras SEDAH.

—¿Alguien sabe qué tiempo hace hoy? —preguntó León en voz alta.

Las letras y el logotipo se disolvieron en un fondo negro, y la típica ventana con las cajas de texto de usuario y contraseña apareció en la parte

inferior de la pantalla. Un cursor en forma de flecha parpadeaba sobre la caja de texto de usuario, invitándome a introducir mis datos. Me levanté de la silla y fui hasta la puerta. El terminal se volvió negro en cuanto abandoné el asiento. Rocé las hojas metálicas con los dedos. Vibraban.

—¿Sabéis si ha llovido esta semana? —preguntó León en voz alta.

No había pomo en la puerta. Ni cerradura. Ni siquiera una maldita mirilla. Nada.

—Quizá el nuevo sepa algo.

Me volví, apoyé la espalda contra la puerta. Todos me miraban expectantes, incluso el joven del fondo. Sus terminales brillaban, parpadeaban, configurando luces y sombras en sus rostros, dotándolos de un aspecto fantasmagórico, terrible. Todos ellos sonreían.

—¿Y bien? —preguntó León, con su amplia sonrisa, con sus grandes ojos.

Abrí la boca, la cerré. Me temblaban las manos. Esperaban una respuesta, algo que sólo yo podía proporcionarles.

—¿Cuándo... cuándo se abre esta puerta? —farfullé.

Y ellos abrieron desmesuradamente sus ojos, ampliaron más si cabe sus sonrisas y comenzaron a reír a carcajadas.

.: 0.1.1. Frente al terminal :.

—Creo que se está nublando el cielo —dijo León.

Sentado frente al terminal, hice como los demás: ignorar sus palabras. Llevaba allí menos de una hora, y en todo ese tiempo León no había dejado de hablar del tiempo. Desde luego estar encerrado en un cuarto que no parecía disponer de sistema de ventilación autónomo a, quizá, centenares de metros bajo tierra, no ayudaba a ser sociable. Sentí la tentación de levantarme, acercarme a su sitio, y preguntarle por qué demonios quería saber qué tiempo hacía en el exterior. Pero me controlé. Probablemente cuando yo llevara allí tanto tiempo como él desarrollaría mis propias obsesiones.

—Quién sabe, a lo mejor llueve —dijo León, y clavé los dedos en la mesa.

En la pantalla del monitor brillaba la ventana que me invitaba a introducir mi nombre de usuario y mi contraseña. No sabía qué escribir. Se había apoderado de mí cierta sensación de fatalismo, de sumisión, y lo único que deseaba en ese momento era poder empezar a trabajar, fuera lo que fuese lo que se suponía que tenía que hacer.

—¿Cuál es mi usuario? —dije sin dirigirme a nadie en concreto.

—Si yo lo supiera, no sería yo, sería tú —respondió el hombrecillo sentado a mi lado.

Seguía jugando con su pelota naranja, lanzándola al aire y recogiéndola un instante después. Sentí deseos de apoderarme de ella y lanzarla lo más lejos posible, pero recordé la puerta cerrada y me limité a rascarme la nuca. Hacía calor en aquel lugar, un calor pegajoso.

—¿No tienen aire acondicionado en este sótano? —murmuré entre dientes.

—Preferimos llamarlo despacho interior para colaboradores externos —dijo León.

—Ya —respondí, y tecleé un nombre y una contraseña al azar.

La pantalla parpadeó, y una ventana de información me indicó que el usuario introducido no era correcto.

—Qué sorpresa —dije, incapaz de mantenerme en silencio.

Probé algunos nombres más, cada uno más absurdo que el anterior, dejando el campo de contraseña en blanco. Tampoco tenía muchas otras cosas que hacer. El móvil había quedado olvidado en el interior del ascensor, y mis nuevos compañeros se comportaban conmigo como tres estrellas de mar alrededor de una sepia atrapada en el lodo. Las ventanas de rechazo de contraseña se multiplicaron hasta que, agotado, me levanté. El terminal se volvió negro como en las ocasiones precedentes.

—¿Quién puede proporcionarme usuario y contraseña? —pregunté.

Nadie respondió. Rodeando la estructura central me acerqué hasta el puesto de León, y observé por encima del hombro lo que estaba haciendo. Tecleaba con cierta tensión, y de vez en cuando movía el ratón con su mano derecha unos centímetros hacia arriba y hacia abajo. Observé atentamente todo lo que hacía, sin perder un detalle del proceso. Después apoyé una mano sobre su hombro.

—¿No sabes tu nombre de usuario? —dije.

León se volvió. En su pantalla brillaba la ventana de identificación de usuario. Mientras miraba su terminal le había visto introducir al menos cuarenta nombres distintos y ninguno había funcionado.

—No, desde luego —dijo León, sorprendido—. Por cierto, ¿hacía frío esta mañana?

Sonreí.

—Lo normal para estas fechas —dije.

—Ya cambiará, ya cambiará —dijo León, y volvió su atención al terminal.

Vi que en los monitores de mis dos compañeros brillaba la misma ventana, y comprendí que si no salía de allí lo antes posible terminaría como ellos, autistas informáticos conectados a un sistema que les denegaba el acceso una y otra vez, una y otra vez.

—Necesito un café —dije—. ¿Alguien se toma uno?

—¡Claro! —respondió el hombrecillo de la pelota naranja—. De hecho, ya es la hora del café.

Sentí lágrimas en los ojos, pero me repuse. Me dirigí a la puerta de aquel zulo improvisado y esperé a que se abriera. Desde luego, yo no podía hacerlo. En mi mente trastornada creí que bastaría con las palabras que había pronunciado aquel hombrecillo para que la puerta se abriese. Un ábrete, sésamo que nos liberara y nos permitiera renegociar nuestro contrato. Porque, antes o después, la puerta se abriría. Yo tenía una vida plena, intensa, más allá de la oficina. No podían mantenernos encerrados allí dentro. No podían.

—¿Lo oyes? —dijo el hombrecillo, y me volví.

Presté atención, y descubrí un rumor de maquinaria, susurros de engranajes deslizándose unos sobre otros, silbidos de válvulas. Giré la cabeza hasta que descubrí su procedencia. El rumor provenía del suelo, justo debajo de la estructura rectangular que ocupaba el centro de la sala.

—Ya casi está —murmuró León a mi lado, y sostenía una taza vacía entre sus manos.

—¿Qué... qué es lo que casi está? —farfullé, y entonces la estructura rectangular gimió y comenzó a abrirse.

.: 0.1.2. Frío y aguado :.

Incapaz de enfrentarme a lo que estaba ocurriendo retrocedí, aterrado.

—¡Vamos, hay para todos! —dijo León, abriéndose paso.

Las luces temblaron, parpadearon, bailaron en mis retinas: la pesadilla de un epiléptico. Un olor, demasiado conocido para ser real, invadió el recinto, empapando las paredes, los cuerpos, las ropas. Apoyé las manos sobre el respaldo de mi silla, jadeando. Todos mis compañeros, portando una taza entre sus manos, avanzaron hacia la estructura rectangular, ahora abierta y humeante.

—No es posible —murmuré, y ellos me dedicaron una sonrisa antes de sumergir sus tazas en aquel terrible caldo negro y llevárselas a la boca con el ansia brillando en sus ojos.

—¡Vamos, coge tu taza! —dijo León, dando otro sorbo—. La encontrarás en el cajón superior de tu cajonera.

Bajo mi mesa, junto a la silla, sobresalían las familiares formas de una cajonera metálica. No sabía cómo la había pasado por alto al llegar y sentarme. Me acuclillé frente a ella y abrí el cajón superior. Dentro encontré un cuaderno de anillas pequeño, un par de bolígrafos y, junto a éstos, una taza con las letras SEDAH grabadas sobre la cerámica. La cogí y cerré el cajón. Intenté abrir los inferiores, pero parecían cerrados con llave.

—¿No se abren el resto de los cajones? —dije, la taza vacía entre mis manos.

—Durante el desayuno no hablamos de trabajo —respondió el joven de cara pálida, que ya se había sentado de nuevo frente a su terminal, su taza colocada estratégicamente entre el teclado y el ratón.

—Así es, durante el desayuno nada de trabajo —repitió León.

Sonreí, asentí. Me temblaban las manos. Di un paso en dirección a la estructura, al abrevadero. Me asomé al interior y respiré los efluvios de su contenido. Mi estómago rugió, urgiéndome a sumergir la taza en el líquido. Tenía hambre, tenía sed. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que había salido de mi empresa hasta que aquella cosa se había abierto como la tumba maldita de un faraón, pero desde luego ya debía ser media mañana. Pensé en mi reloj, regalo de mi madre. Alguien –con toda probabilidad aquella cosa oscura que me guió por los pasillos– me lo había robado.

—Vamos, se va a enfriar —dijo León, sentándose—. Y no creas que va a estar abierto para siempre.

Volví a mirar en el interior de aquella máquina perversa. Mi estómago volvió a rugir, ansioso. Nadie me prestaba ya atención, todos de nuevo intentado superar la dificultad imposible que representaba la ventana de identificación. Aspiré el aroma, comencé a salivar. Con mano temblorosa hundí la taza en aquel río negro, y cuando estuvo llena la saqué como si rescatara a un hombre atrapado en los rápidos. Varias gotas salpicaron mis manos, mis ropas, el suelo. Maldije en voz baja.

Estaba frío.

Cuando me llevé la taza a los labios, pude comprobar que, además, estaba aguado. Frío y aguado, el típico café que servirían en una oficina a los subcontratados. Volví con la taza hasta mi sitio, pero antes de sentarme lancé una pregunta a mis compañeros.

—¿Abrirán la puerta a la hora de comer?

Oí unas risitas mal controladas.

—Va siendo hora de que te vayas acostumbrando —dijo el hombrecillo de la naranja—. Esa puerta no va a abrirse.

—Pero... pero... —balbuceé—. Tengo... cientos de cosas que hacer fuera.

Me fijé entonces en sus ropas. Los puños de las camisas gastados, los pantalones con los bajos descosidos, los zapatos cubiertos de arañazos, de diminutas manchas. ¿Cuánto tiempo llevaban allí dentro? Estaban afeitados, las ropas –aunque viejas y usadas– olían a limpio. No podía ser, me estaban tomando el pelo como si yo fuera un becario.

—No puede permanecer cerrada siempre. Tengo derecho a la hora de la comida, a volver a mi casa a dormir, a tener una vida —dije, alzando las manos.

—Ya, claro —dijo León, sin dejar de teclear—. Otro que no ha leído el contrato.

Abrí la boca, la cerré.

Evidentemente, no había leído el contrato.

Di un sorbo al café, me senté. La pantalla del terminal se encendió. Con dedos temblorosos, tecleé mi nombre. Como contraseña tecleé mi documento nacional de identidad. Pulsé el botón etiquetado con la palabra Aceptar. La ventana de información denegándome el acceso parpadeó unos segundos en la pantalla, desapareció. Introduje de nuevo mi nombre, introduje mi fecha de nacimiento como contraseña. Pulsé el botón Aceptar. La ventana de rechazo llenó la pantalla. Tecleé mi nombre y mis apellidos como identificador de usuario, dejé la contraseña en blanco. Pulsé Aceptar. De nuevo apareció la ventana de rechazo. La pantalla se veía borrosa, poco definida. Acerqué mi rostro al terminal, pero no mejoró.

Fue entonces cuando comprendí que estaba llorando.

Cubrí mi rostro con mis manos, apoyé la cabeza sobre la mesa, y dejé que las lágrimas resbalaran por mis mejillas mientras jadeaba como un niño.

.: 0.1.3. Adaptación :.

Tenía heridas en las manos de las que brotaban diminutas gotas de sangre. Busqué en mis bolsillos mi pañuelo de papel y me limpié con cuidado las heridas. Dolía. En las puertas metálicas quedaban rastros de mi patética actuación, golpeando y gritando y llorando y suplicando para que alguien, quienquiera que fuese, me permitiera salir de aquella cárcel informatizada. Froté el pañuelo sobre los nudillos de mi mano derecha. Para humedecer el papel había utilizado saliva, no había encontrado ningún botiquín en la sala.

—¿Ya estás más tranquilo? —preguntó el hombre de la pelota naranja, y yo asentí con un movimiento de cabeza, sin levantar la vista de mis manos.

—Ha pasado la tormenta —dijo León, tecleando nombres y contraseñas.

Me sequé las lágrimas con la manga de la camisa y, antes de tirar el pañuelo a una pequeña cesta de basura que había a mi lado, me soné la nariz. En el silencio de la sala, me sentí como una cría de elefante herido llamando a gritos a su madre. Me levanté, fui hasta la puerta. Desabroché el puño de mi camisa y limpié las marcas de sangre sobre el metal. Las luces parpadearon un par de veces, como el pestañeo de un Gran Hermano que no quiere perderse detalle de lo que ocurre con sus obedientes esclavos. En algunos puntos la sangre se había secado, por lo que tuve que recurrir de nuevo a la saliva para limpiarlo. Cuando terminé volví a mi sitio y me senté. La pantalla del terminal se iluminó, mostrándome la ventana de acceso al sistema. Usuario. Contraseña.

—Me duele la muñeca, eso es que el tiempo está cambiando —dijo León.

La pelota naranja rebotó sobre la mesa metálica un par de veces antes de caer sobre mi teclado. Sobresaltado, el corazón latiéndome como una manada de bueyes descontrolada, miré a mi compañero con los ojos desmesuradamente abiertos y balbuceé algunas palabras ininteligibles.

—Lo siento —dijo el hombrecillo, mostrándome las palmas de las manos—. ¿Podrías devolvérmela?

—Sí, claro —dije, tratando de reponerme, y le entregué la pelota.

Tenía un tacto suave, tranquilizador. Antes de dejarla caer en sus manos, sentí la tentación de arrebatársela, de quedármela para mí. Necesitaba un vínculo con la realidad, algo a lo que asirme para no caer en el delirio.

—¿Por qué tienes esa pelota? ¿Quién te la ha dado? —dije, consciente de que no empleaba el tono adecuado para las preguntas.

El hombrecillo me miró con desconfianza, amasando entre sus dedos el objeto de mis deseos.

—Es mía. Yo la traje —respondió.

—Yo tengo un paraguas —dijo León—. En el cajón.

El joven sentado a su lado no dijo nada, pero supuse que también debía de ocultar algún objeto personal en su cajonera. Yo sólo tenía mi cartera y algunas monedas, quizá fuese suficiente para tranquilizar mi alma. Busqué en el bolsillo de atrás. La cartera no estaba allí. Debía habérseme caído en el ascensor, o quizá en el pasillo. O quizá en aquel despacho. Me

levanté, busqué por el suelo con la mirada. Nada, no estaba allí. Volví a sentarme. La pantalla del terminal se iluminó. Usuario. Contraseña.

—Te la puedo dejar alguna vez —dijo el hombrecillo sentado a mi lado.

Asentí. Escribí mi nombre como usuario y contraseña. El sistema rechazó los datos. Escribí mi nombre como usuario, mi primer apellido como contraseña. El sistema rechazó los datos. Escribí mi primer apellido como usuario, mi nombre como contraseña. El sistema rechazó los datos. Escribí mi primer apellido como usuario, mi segundo apellido como contraseña. La ventana de información rechazando la validación brilló en la pantalla.

Abrí el cajón. En el interior encontré un bol gris metalizado, y podría jurar que antes no estaba allí. Lo saqué, lo sostuve entre mis manos. La taza de café, fría y aguada, todavía descansaba junto al teclado. No había podido terminarla. Dejé el bol junto a la taza.

—Es para la comida —dijo el hombrecillo de la pelota sin mirarme.

—Lo suponía —dije yo, y miré de reojo al abrevadero central.

No quería ni pensar en qué consistiría la comida.

Al fin y al cabo, yo acostumbraba a comer en casa.

.: 0.1.4. Trabajando :.

—¿No te vas a comer eso? —dijo León, mirando mi bol medio vacío.

Negué con la cabeza. No había forma de acabar con aquella masa grumosa, de color gris parduzco, en la que florecían ocasionales trozos de carne amarillenta. El simple hecho de hundir el bol en el abrevadero ya me había provocado arcadas, y a pesar de ello –quizá por el estado de agotamiento en el que me encontraba, quizá simplemente por pura hambre– había sido capaz de acabar con la mitad de la comida.

León colocó mi bol bocabajo sobre el suyo, y tras varios golpes en la base consiguió volcar la masa. Después me devolvió el recipiente para que lo guardara.

—Ya sabes, déjalo en el cajón de nuevo para que lo limpien —dijo, y volvió a su sitio mientras hundía los dedos en la masa y se los llevaba a la boca.

No teníamos cubiertos. En un primer momento había dudado, después me había dejado llevar. Sentía la mente distraída, y una sensación de cansancio que se apoderaba de todo mi cuerpo, bailando sobre mis músculos y acariciando mi piel con suavidad. Debía de estar enfermo. Si no, ¿por qué no me levantaba y me marchaba de allí? ¿Por qué no me enfrentaba al sistema? ¿Por qué no me marchaba de la empresa sin mi indemnización y empezaba una nueva vida?

—Dentro de un rato nos tomamos otro café —dijo el hombrecillo de la pelota naranja, mirándome.

Sonreí.

—Claro —dije.

El hombrecillo de la pelota naranja. No tenía otro nombre, no al menos uno que yo conociera. Dudaba mucho que, si lo tuviera, aquel hombre fuera capaz de recordarlo. ¿Cuánto tiempo habrían pasado allí dentro todos ellos? ¿Cuál era la duración de sus contratos? Abrí el cajón, dejé en el interior el bol con la comida, cerré el cajón.

—¿Cómo se supone que funciona esto? —pregunté en voz alta.

—Ni idea, pero ya está —respondió el joven de rostro macilento sin volverse, levantando su bol reluciente.

Abrí el cajón. Era cierto. El bol brillaba como si acabara de salir del lavavajillas. Perplejo, recorrí el interior del cajón con la vista, con los dedos, buscando alguna explicación al maravilloso sistema de lavado rápido. Al parecer, no la había. Volví la vista a la pantalla. Tecleé algunos usuarios, algunas contraseñas. Las ventanas de rechazo se sucedieron. Dejé que transcurrieran los minutos mientras tecleaba sin parar, disfrutando del hermoso sonido que provocaban las teclas al hundirse y levantarse, al hundirse y levantarse. Había una melodía allí por descubrir, una melodía difícil, que requería toda mi atención para mostrarme su magia.

—¿Sabéis cuántos analistas de sistemas son necesarios para cambiar una bombilla? —dije, y la melodía escalaba por mis antebrazos como una serpiente encantada.

La soledad reinaba en aquel sótano infecto, aquel despacho interior sin ventanas, sin oxígeno, sin aire, sin libertad, sin nada de nada de nada. Me volví y sólo vi espaldas que se agitaban rítmicamente, dominadas por la melodía que me rodeaba y me llenaba.

—¡Ninguno! —grité, volviendo mi atención a la pantalla–. Es un problema de hardware.

Nadie rió. Quizá ya conocían el chiste. Quizá... Traté de tranquilizarme. Estaba perdiendo los nervios, y si quería salir de allí, de nada me valdría comportarme como un desquiciado.

—¿Nunca abren esta puerta? —pregunté.

—No, que yo sepa —dijo el hombrecillo de la pelota naranja.

—Aunque llueva o truene —dijo León.

—Excepto cuando traen a uno nuevo, claro —terció el joven de aspecto enfermizo.

Y, entonces, vislumbré de nuevo un halo de esperanza. Sólo tenía que esperar a que trajeran a un nuevo compañero. Podría salir de allí.

—¿Y cada cuanto tiempo aparece uno nuevo? —pregunté, temiendo la respuesta.

Mis tres compañeros dejaron simultáneamente de teclear, y la melodía murió. Noté sus miradas fijas en mi espalda, me volví. Antes de que abrieran la boca, pude ver la respuesta grabada a fuego en sus ojos.

—Cuando uno de nosotros deje su puesto, claro —dijeron al unísono.

Y, el Señor me perdone, me dediqué el resto de la tarde a pensar en cuál de ellos iba a sufrir una inesperada baja laboral.

.: 0.1.5. De noche :.

Anochecía.

Al menos fue lo primero que pensé cuando las luces del techo se tornaron de un cálido color anaranjado y la pantalla de mi terminal se convirtió en un pozo inundado de puntos negros. Advertí, cuando el silencio se abalanzó sobre nosotros como un comercial repleto de ideas nuevas para ofertas imposibles, que hasta ese mismo instante nos había acompañado un rumor de maquinaria pesada, una tormenta de sonido que nuestros oídos ignoraban como si no existiera. Ahora, apagados los ordenadores, el silencio opresivo que reinaba en la sala poseía características ominosas.

Bajo la débil luz anaranjada, los rostros de mis compañeros se desdibujaban en trazos apenas perceptibles. Uno de ellos, el hombre que se sentaba a mi lado, todavía seguía tecleando nombres y contraseñas mecánicamente, como si no hubiera advertido que el mundo se había detenido. O quizá no quería enfrentarse a ello. Me levanté de la silla y me acerqué a la puerta. Había bajado la temperatura de la sala algunos grados, y al apoyar la oreja contra la hoja sentí la fría superficie metálica en mi rostro.

—Por hoy hemos terminado —murmuró el joven de aspecto quebradizo.

Traté de adivinar qué ocurría al otro lado de la puerta, en aquellos lóbregos pasillos que había recorrido presa del delirio –y de una criatura de enormes garras negras– antes de llegar a mi morada actual. No pude oír nada. O bien las planchas metálicas que formaban la puerta eran lo suficientemente gruesas, o bien el silencio se había adueñado de todo el edificio. Detrás de mí, sentado en su silla, el hombrecillo que jugueteaba con la pelota naranja estornudó.

—Espero que no sea alergia —dijo mientras buscaba en sus bolsillos un pañuelo.

—Es la época —dijo León, levantándose.

Se acercó hasta mí, me miró. Yo sostuve su mirada. Cualquiera de ellos podía sufrir un accidente esta noche. Cualquier cosa para que alguien viniera y me sacara de allí.

—Verás, amigo —dijo León, apoyando una mano sobre mi hombro—. No es la primera vez que algo así ocurre.

—¿Algo así? —pregunté yo.

—Algo así —dijo el joven sentado al fondo.

—Todos queremos salir de aquí, eso supongo que lo entiendes —dijo León, y yo me pregunté si bastaría con romperle un brazo para que acudieran a buscarlo.

Asentí con la cabeza, aparté la mirada. De pronto había pensado en provocarme yo mismo una rotura. Quizá con un par de dedos de la mano izquierda sería suficiente. Así podrían darme de baja, sacarme de allí. Suponía que en el contrato que había firmado estarían contempladas las bajas por accidente laboral.

—Verás —continuó León—. Todos aquí hemos pasado por lo mismo que tú, ¿sabes? De alguna manera, hemos llegado a comprender lo difícil que puede resultar la primera noche.

—La primera noche —dije yo.

—Así que te ruego que no te lo tomes a mal, ¿de acuerdo? —dijo León.

Entonces comprendí que algo iba a ocurrir. Algo malo. Sentí el brazo de León sobre mi hombro, y durante un estúpido segundo pensé que él ejercería presión con sus dedos en algún punto indefinido de mi hombro y yo caería al suelo como un fardo. Había visto demasiadas películas de naves espaciales y mujeres ligeras de ropa durante mi adolescencia, sin duda.

León no ejerció ninguna presión sobre mi hombro.

Lo que hizo fue golpearme en el rostro con su puño, y de pronto la realidad se transformó en un millar de puntos brillantes, la imagen en pantalla de un televisor sintonizado en un canal muerto, que poco a poco fue perdiendo señal hasta

volverse
completamente
negro.

.: 0.1.6. Baldosas amarillas :.

Sentí la suave presión de unos labios –dulces, frescos– sobre los míos. Después, una risa discreta, un rumor de seda y piel deslizándose lejos, muy lejos.

—¿Natalia? —murmuré, abriendo los ojos.

Ella, quienquiera que fuese, se desvanecía en una nube de humo junto a la puerta abierta. Me incorporé y miré a mi alrededor. Mis compañeros permanecían sentados en sus sillas, tecleando sin parar. Llevaban ropas de colores chillones y grandes sombreros y narices rojas de plástico. Payasos. Me acerqué hasta León, apoyé una mano sobre su hombro. Dos gruesas cuerdas de color negro surgían de sus brazos y se perdían más allá del techo, a varios metros de altura.

—¿León? —dije.

Él se volvió, sonrió. Sus dientes dorados brillaban bajo la luz procedente de la lámpara de siete brazos que colgaba del techo.

—Claro —dijo, señalando a nuestros compañeros—. Aquí estamos todos.

Y era cierto. Allí estaba el hombre de hojalata y, a su lado, agitando la mano en señal de saludo, el espantapájaros. Sonreí.

—La puerta está abierta —dijo León—. Pero yo no tengo valor para salir de aquí.

—Yo lo haré, no te preocupes —respondí.

Atravesé el umbral, y antes de internarme en los pasillos de baldosas amarillas, dediqué una última mirada al interior de la casa. Allí estaban mis tres compañeros, sentados en sus mecedoras de madera, sonriendo.

—Volveré —dije, y un segundo después me arrepentí.

Caminé por los pasillos de paredes resplandecientes, tachonados de espejos por doquier. Los tacones de mis zapatos arrancaban inesperadas notas musicales a las por otro lado mudas baldosas. Del techo brotaban enormes lámparas de cristal, y en más de una ocasión salté para sentir el calor de las bombillas en forma de vela en mis dedos. Giré en un recodo, luego en otro. Un gato de color verde y blanco caminó unos metros a mi lado, acariciándose contra mi pierna. Oí voces lejanas, risas.

—Debo estar cerca de la salida —canturreé, frotándome las manos.

Y una voz a mi espalda, un gruñido, un sonido similar al murmullo de un millar de langostas abalanzándose sobre un grupo de niños desnutridos, dijo:

—¡Incumplimiento de contrato!

Era la voz de Lucía Fernanda.

Grité.

—Vamos, vamos, es sólo una pesadilla —dijo León, su mano sobre mi frente.

Desperté temblando, incapaz de controlar mi nerviosismo. Traté de incorporarme, pero León me lo impidió.

—Tranquilo, relájate —dijo.

Poco a poco normalicé mi respiración, y el caballo desbocado que latía en mi pecho se detuvo junto a un arroyo a beber un trago de agua. Tumbado sobre la mesa de trabajo, me pregunté adónde habrían ido a

parar el terminal, el teclado y el ratón. León pareció leer mi pensamiento, y señaló la cajonera.

—Tus cosas están ahí dentro, hasta que suene la alarma —dijo León.

Mis cosas, pensé. Aquellos instrumentos diabólicos que sólo servían para escribir miles de veces nombres de usuarios y contraseñas de entrada no podían ser mis cosas. Ni siquiera formaban parte de mi vida. No eran más que material de trabajo proporcionado por el cliente a un subcontratado, a un trozo de carne, a otra parte del mobiliario. Eso era yo, un simple objeto más en aquel manicomio informatizado.

—Esas no son mis cosas —dije, y entonces advertí que estaba desnudo.

Completamente desnudo. Como León. Como todos los demás.

—Me refería a tu ropa —dijo antes de volver a su mesa y tumbarse sobre ella, dándome la espalda.

—Buenas noches —susurró el hombrecillo que acostumbraba a jugar con una pelota naranja.

—Buenas noches —respondieron los demás.

Yo me quedé tumbado boca arriba, mirando las luces anaranjadas del techo, consciente de mi desnudez.

Después recé un poco, no mucho, apenas unos minutos.

Recé para despertar de nuevo

.: 0.1.7. En el servicio :.

—Necesito un poco de intimidad —dijo el hombrecillo de la pelota desde el interior del armario.

En realidad no era un armario, claro. Al principio no me había fijado en él, e incluso había llegado a dudar que el día que había entrado en el despacho estuviera allí. En cualquier caso, allí estaba. Mis compañeros empezaron a tararear en voz alta una canción que me resultaba vagamente familiar. Mientras cantaban, el hombrecillo hacía sus necesidades en el armario. Me resistía a llamar a aquel cubículo infecto, sin ventilación, con un agujero oscuro en el suelo de piedra, cuarto de baño.

—¡Cantad más alto! —dijo el hombrecillo, tratando en vano de ocultar los ruidos que surgían del interior del cuartucho.

La noche había transcurrido entre delirios y ensoñaciones. Me había despertado varias veces, unas empapado en sudor, otras temblando como si me hubieran colgado de un gancho en una sala frigorífica. No me había movido ni un milímetro por miedo a caer de la mesa. Ya no me sentía con fuerzas para causarme a mí mismo una lesión. En algún momento de la noche, cuando se me cerraban los ojos y me hallaba en la frontera del sueño y la vigilia, me había parecido oír algo al otro lado de la puerta: susurros apenas audibles y una mano acariciando el metal.

Oí el rumor del agua abandonando la cisterna, y el hombrecillo salió del armario con la pelota naranja entre sus manos. León me indicó con un gesto que era mi turno, y no me negué. Sentía la vejiga a punto de explotar, y aunque ya había recuperado mi ropa –descansaba en el interior de la cajonera, doblada y planchada– me atraía la idea de desaparecer por unos instantes de la vista de aquellos hombres. Entré y cerré la puerta, y advertí que aquello sería más desagradable de lo que había imaginado. En el interior del cuarto no había luz y un olor asqueroso, sólo comparable a una tabla de quesos franceses rancios rebozados en mierda de caballo, impregnaba el ambiente.

Oriné apoyando ambas manos contra la pared, tratando de acertar exactamente en el agujero. Mientras lo hacía pensé en mi siguiente movimiento. Tenía que anticiparme a los movimientos de mis compañeros, de eso no tenía duda. La noche anterior me habían sorprendido, pero durante el día me prepararía para aprovechar el momento oportuno y acabar con uno de ellos. Con el hombre de la pelota naranja. No podía soportar su continuo juego con la pelota. Me exasperaba. Tanto o más que el silencio del joven sentado al fondo de la sala. O de las continuas referencias meteorológicas de León.

Me lavé las manos en una pequeña palangana y salí. El abrevadero estaba abierto, y un agradable olor a café caliente escapaba de la estructura. Abrí mi cajonera, cogí mi taza y la llené de café. Necesitaba estar despierto si quería salir de allí. Volví con la taza a mi sitio y me senté. Había vuelto a colocar en su sitio el monitor plano, el teclado y el ratón nada más levantarme, y el brillo del terminal al encenderse me confirmó lo que ya sospechaba: nada había cambiado.

Tecleé un usuario y una contraseña al azar. Luego otro. Y otro. Y otro. Sólo obtuve ventanas y ventanas de rechazo. Ellos hicieron lo mismo, en silencio, sin mirarme, sentados ante sus terminales como si sus cuerpos

formaran parte de las sillas. Sospechaban, desde luego. Sabían que planeaba mi próximo movimiento, y estarían preparados.

No me importaba.

Esta vez yo daría el primer golpe.

.: 0.1.8. La huida :.

Usuario. Contraseña. Usuario. Contraseña. Usuario. Contraseña. Usuario. Contraseña. Usuario. Contraseña. Usuario. Contraseña.

—Es la hora de comer —dijo León.

La estructura de metal que ocupaba la parte central del recinto comenzó su lento proceso de apertura. El rumor de maquinaria pesada se extendía por las paredes, que temblaban como jóvenes árboles bajo el empuje del viento. Del abrevadero surgía un olor metálico y a la vez sugerente, una comida recién hecha cocinada en ollas oxidadas. Yo tecleaba sin apartar la vista de mi terminal.

—Vamos allá —dijo el joven de ojeras negras y rostro pálido, acercándose al abrevadero con el bol entre sus manos.

El hombrecillo de la pelota naranja y León se acercaron también a la estructura portando su bol. Me volví para ver cómo esperaban a que la apertura fuera máxima antes de introducir sus cuencos en el torrente alimenticio. Mis dedos seguían hundiendo las teclas al ritmo de mis pensamientos, ajenos por completo al terminal. Esperaba con paciencia mi momento, y éste había llegado.

Justo cuando León introdujo su bol en el abrevadero, me levanté de mi silla y me acerqué a la mesa de mi compañero. Allí, sobre la mesa, descansaba la pelota naranja, víctima inocente de mis perversas maquinaciones. La tomé entre mis manos, sintiendo la reconfortante sensación que me provocaba su suave textura y su material deformable. Sonreí.

El hombrecillo con el bol en las manos me miró cuando me coloqué a su lado. Sentí su miedo como una corriente de aire frío cuando, sosteniendo su pelota entre mis dedos, ensanché mi sonrisa y miré al interior del abrevadero.

—Por el amor de... —susurró el hombrecillo, y yo dejé caer la pelota al interior de aquella estructura malsana, que olía a carne con patatas y libertad.

Todo ocurrió entonces con rapidez, aunque para mí el mundo se detuvo y me sentí protagonista de una película muda, de decorados de cartón piedra, proyectada a cámara lenta. El hombrecillo dejó caer el bol, trató de atrapar en el aire la pelota naranja, falló. León me miró con expresión asombrada, se abalanzó sobre mí. El joven enfermizo retrocedió hacia su sitio, se sentó en el suelo, comenzó a arañar la pared con sus manos. La pelota se hundió en el grumo gris y el hombrecillo cayó al interior del abrevadero tras ella. Alguien gritó. De pronto León estaba sobre mí, golpeándome, lanzándome contra mi mesa.

—¡Rayos y truenos! ¿Estás loco acaso? —gritó.

Las puertas del abrevadero comenzaron a cerrarse, y el hombrecillo no aparecía. Me lo imaginé buceando en aquella cloaca como un buscador de perlas en el interior de una ostra gigante. No conseguía zafarme del acoso de León, que lanzaba golpes sobre mi cuerpo al azar, sin causarme daño. Grité, retrocedí, finté. Caí sobre mesa y sentí el teclado clavándose en mis costillas. Grité de nuevo.

—¡Teníamos que haberte estrangulado anoche! ¡Como hicimos con el becario! —gritó León, su rostro convertido en una máscara roja.

Aprovechando un respiro en su ataque, lancé una patada a su costado, obligándole a retroceder. León ahogó un jadeo, apoyó sus manos sobre la estructura metálica, de la cual apenas quedaba una rendija abierta.

—La encontré —susurró una voz desde el interior del abrevadero, y las luces del techo se tornaron rojas mientras un silbido estridente taladraba nuestros tímpanos.

Me tapé los oídos con las manos y vi cómo se abría la puerta. Mientras las sirenas de alarma nos torturaban, entró en el recinto una criatura de madera con la forma de un hombre, excepto por la excesiva cantidad de miembros inferiores, que le asemejaban a una araña. Se movía como si hilos invisibles tiraran de su cuerpo, una suerte de marioneta de rostro arrugado y pelo blanco cuyos ojos miraban en todas direcciones.

—¡Mantenimiento! —gritó el joven, acurrucado bajo su mesa.

La criatura fijó su vista en él y avanzó extendiendo sus patas sobre el abrevadero en dirección al joven. León siguió sus pasos, gritando, tratando de hacerse oír sobre el estruendo de la alarma.

—¡En el interior, ha caído dentro!

Miré de nuevo: la puerta continuaba abierta. No tendría muchas más oportunidades. Miré al terminal. Estaba encendido. Mi pelea con León debía de haberlo estropeado, no tenía sentido que estuviera encendido. Excepto si...

En la pantalla brillaba una ventana de bienvenida con un mensaje que invitaba a continuar. Dos botones, Aceptar o Cancelar, parpadeaban esperando una respuesta. León miraba también mi pantalla con la boca abierta, mientras la criatura manipulaba controles en un panel en la base del abrevadero, tratando de abrirlo. Incluso el joven de aspecto enfermizo miraba mi pantalla.

—Dios mío —susurró León.

—Mala suerte —dije, y antes de que pudieran hacer nada, cogí el ratón y pulsé el botón de Cancelar.

Ignorando sus gritos, me lancé corriendo hacia la puerta y salté al pasillo. Después me volví y, antes de que la criatura o mis compañeros alcanzaran la salida, cerré.

.: 0.1.9. Paseando por los pasillos :.

Cuando has pasado cierto tiempo encerrado contra tu voluntad, ver de nuevo la luz del día proporciona una paz interior comparable a cualquiera de los momentos más felices de tu vida. Lamentablemente, en aquellos pasillos inmundos la luz del día nos estaba vedada, y en mi vida no existían los momentos felices. En las ocasiones en las que era consciente de la triste existencia que había sobrellevado hasta aquel momento, alejado de mi familia, saltando de un trabajo precario a otro, viviendo encerrado en el rechazo a mis semejantes por un cúmulo de circunstancias distintas –timidez, baja autoestima, falta de interés–, sentía que más que vivir moría día a día, caminando por pasillos poco iluminados hacia un incierto final que no sabía qué me depararía.

En aquel instante, sin embargo, me sentía lleno de vida. En aquel instante, me acechaba la muerte.

—No puede andar muy lejos —dijo una voz a mi espalda, más allá de las primeras bifurcaciones.

Parecía como si el dueño de aquella voz masticara trozos de corcho tras pronunciar cada palabra. Desde la primera vez que la había oído, la había asociado a la criatura arácnida de mantenimiento. Sabía que me estaban buscando, y si no me daba prisa terminarían por encontrarme. Giré en un cruce a la izquierda, continué avanzando. Las paredes rezumaban humedad y pequeñas criaturas campaban a sus anchas por las heridas abiertas en el cemento. Giré de nuevo en una bifurcación. Al apoyar la mano contra la pared una porción de musgo verde quedó adherida a la palma de mi mano. La froté varias veces contra el pantalón ahogando las arcadas.

—Avisa a seguridad, y a su jefe de proyecto —dijo una voz apenas audible.

Todos los pasillos parecían iguales. Ni migas de pan ni un mísero ovillo, nada que diferenciase un camino de otro. Giré hacia la derecha, no sin antes recordar que había leído en alguna parte que la forma correcta de resolver un laberinto era girar siempre hacia el mismo lado. El olor a humedad aumentaba a medida que recorría aquel lugar ponzoñoso. Había descubierto ya varias puertas, pero no me había atrevido a tratar de abrirlas. No sabía qué se ocultaba en su interior, y desde luego no quería volver a entrar en uno de aquellos despachos para colaboradores externos.

—¡No vas a salir de aquí tan fácilmente! —dijo una voz, y me pareció reconocer a León.

Procedía de todas y de ninguna parte. Me llevé las manos a la boca para no gritar. ¿Acaso habían soltado a todos aquellos dementes para que me buscaran? ¿Qué les darían a cambio? ¿Dos días libres? Tropecé, caí al suelo, sobre un charco de lodo. Me incorporé sacudiendo mi ropa como si un centenar de hormigas caníbales se hubieran abalanzado sobre ella. Lo habían oído. Sin duda. Ahora corría como un desesperado, las lágrimas resbalando por mis mejillas. No podían atraparme, no lo soportaría.

—He oído algo —susurró una voz demasiado cerca.

Al llegar a un cruce miré a ambos lados, y descubrí a una de aquellas criaturas arácnidas de espaldas a mí, colgando del techo, sus patas afiladas desgarrando cemento y yeso. Ahogué un grito, pero no me detuve.

Estaba dispuesto a cualquier cosa.

Incluso a marcharme de mi empresa sin liquidación ni finiquito.

.: 0.2.0. Huyendo del laberinto :.

—Ariadna —murmuré, pero la imagen que vino a mi mente fue el rostro de Natalia.

Acurrucado junto a la pared, sintiendo cómo la humedad se colaba entre mis huesos, suspiré por una taza de café, aunque estuviera tibio y aguado. Tenía la cabeza llena de mariposas y un agujero negro en el estómago donde escarbaban las raíces del miedo. Miré a un lado y a otro del pasillo, temblando. Había visto en la última hora –si mi percepción del tiempo no había sido sustancialmente alterada– al menos a cuatro de aquellas cosas de patas afiladas recorriendo túneles adyacentes al lugar en el que me ocultaba.

—Natalia —murmuré.

Las criaturas de madera semejantes a arañas se movían a una velocidad endiablada. Si alguna de ellas me veía, estaba perdido. Las oía hablar entre ellas, organizándose para recorrer los túneles y cerrarme las salidas. Se acercaban cada vez más, rodeándome, preparándose para abalanzarse sobre mí y... No saber lo que harían conmigo resultaba más aterrador si cabe. ¿Me despedazarían y me devorarían? ¿O quizá me devolverían a mi lugar de trabajo? Cualquiera de las dos opciones me provocaba escalofríos.

Oí un rumor de maquinaria, como si alguien acabara de poner en marcha una lavadora. Procedía de algún lugar cercano, por la reverberación que recorría el pasillo y llegaba hasta mis oídos. Un líquido espeso, ambarino, se deslizaba por la pared junto a mí. Me levanté, presté atención. Recordaba ese sonido. Amparado en las sombras, avancé manteniendo mi cuerpo pegado a la pared hasta llegar a un cruce de caminos. Allí el sonido era más claro, y provenía de mi derecha. El pasillo parecía desierto, pero ya había visto a aquellas cosas aparecer de improviso caminando por el techo, escrutando el lugar con sus cabezas de pelo blanco.

Giré a la derecha, dando vueltas sobre mí mismo para no perder de vista mis espaldas. El sonido ya era perfectamente identificable. El ascensor. Avancé paso a paso, controlando la tensión que recorría las vértebras de mi espalda como un pianista aquejado de Parkinson. No podía echar a correr ahora y arriesgarme a ser atrapado, no ahora que me encontraba tan cerca de mi salvación.

Llegué a otro cruce. El rumor murió bruscamente, y fue sustituido por el familiar sonido de las puertas metálicas abriéndose. Sonreí. Iba a salir de allí. Iba a escapar.

Entonces oí la voz.

—Te llevaré a tu puesto de trabajo.

.: 0.2.1. Dentro :.

—Te llevaré a tu puesto de trabajo —dijo la voz, y yo retrocedí un paso y apoyé mi espalda contra la pared, tratando de fundirme con ella.

La criatura enorme de piel negra y ojos rojos que apenas había atisbado al llegar al sótano se encontraba junto a las puertas abiertas del ascensor. Su cuerpo escamoso, retorcido de forma imposible alrededor de una columna vertebral desproporcionada, se tambaleaba como un árbol joven bajo la embestida del viento a cada paso que daba. Vi cómo extendía una de sus gigantescas manos –garras deformes, las mismas que sostuvieron mi cuerpo desmadejado– y la introducía en el ascensor, y extraía de su interior el cuerpo de una mujer. No pude ver el rostro de la víctima, pues la criatura la sostenía por la cabeza. Sólo pude oírla gemir, y sentí deseos de abalanzarme sobre aquella cosa surgida del averno y destrozarla con mis propias manos.

No lo hice.

Sentía un pavor indescriptible, un horror absoluto en presencia de uno de mis captores. Sabía que tendría que cruzar ante él si quería llegar hasta el ascensor, pues desconocía cuánto tiempo permanecerían abiertas las puertas. El olor a humedad y a muerte que despedía la criatura me provocaba arcadas. Cuando se volvió hacia el lugar en el que me encontraba, portando entre sus dedos el cuerpo exánime de mi sustituta, tuve que hacer verdaderos esfuerzos para controlar la vejiga. Su rostro... Su rostro...

La criatura avanzó por el pasillo sin advertir mi presencia. No me extrañó, pues en aquella cabeza no descubrí ojos ni nada que remotamente pudiera identificar como tales. Sólo cicatrices y bocas y saliva blanca y verde resbalando hasta el suelo. Esperé hasta que aquella escultura creada por un artista demente se perdió en un cruce para abandonar mi precario refugio y correr hasta el ascensor. Las puertas habían comenzado a cerrarse, y a duras penas conseguí detenerlas introduciendo mi pie entre ellas. Jadeando, sudando, introduje parte del cuerpo entre las hojas metálicas y traté de abrir las puertas. No lo conseguí. A lo lejos oí voces alteradas y pasos apresurados.

Venían hacia mí.

Apoyé una mano en el borde de cada hoja metálica. Grité mientras los músculos de mis brazos ardían y desplazaban apenas unos milímetros las hojas, lo suficiente para que mi cabeza pudiera entrar. Vi mi rostro descompuesto reflejado en los espejos interiores, y supe que lo conseguiría. Tenía que conseguirlo. Mis orejas acariciaron el metal, mis dedos agarrotados temblaron cuando las puertas insistieron en cerrarse. Las voces estaban más cerca, me habían descubierto.

De pronto, caí al interior del ascensor, y las puertas se cerraron tras de mí con un chasquido. Grité, grité como no lo había hecho nunca, y cientos de rostros gritaron conmigo en los espejos. Después reí como un niño, las lágrimas resbalando por mi rostro. Me senté en el suelo del ascensor. Lo había conseguido.

Vi entonces que el ascensor sólo tenía un botón, y recordé.

El único botón que había mostraba una flecha roja brillante.

Abajo.

.: 0.2.2. En busca del ascenso :.

—¿Qué es lo que esperas de tu vida? —me preguntó mi padre.

Estábamos los dos sentados en el sofá, frente al televisor. En la pantalla un número indeterminado de mujeres en pantalón corto y camiseta correteaban por un campo de hierba tras un balón. Nunca me había atraído el deporte, y mucho menos el fútbol. A mi padre le apasionaban ambas cosas, particularmente si lo practicaban mujeres.

—No sé a qué te refieres —dije, sin apartar la vista del televisor.

Mi padre dio una calada a su cigarrillo, lo dejó en el cenicero. Oía, oculto tras la insufrible voz monocorde del locutor, el rumor del agua del fregadero y el característico sonido de plato contra plato. Mi madre fregaba, mi padre veía la televisión. Como siempre. No quería interrumpir aquella bendita rutina con una conversación de hombre a hombre.

—De tu vida, qué esperas de tu vida, muchacho —dijo mi padre, y sentí su mirada clavada en mi rostro—. No puedes seguir así para siempre.

—¿Así cómo? —pregunté mientras el balón se perdía fuera del campo.

—Así, programando o lo que sea eso que haces. ¿No has pensado en tu carrera profesional? ¿No quieres un ascenso?

Un golpe en las puertas metálicas me devolvió a la realidad. Encerrado en el ascensor, rodeado de mis gemelos aterrorizados, esperando, siempre esperando. Oí un roce, un chirrido. Alguna de aquellas criaturas trataba de abrir las puertas con sus extremidades afiladas. Llevaban intentándolo mucho tiempo (¿cuánto?, no podía saberlo) y nunca desistían. Me pregunté cuántas habría allí congregadas, tratando de entrar, esperando, siempre esperando. Recordar las palabras de mi padre en aquel momento me hizo comprender que nunca había estado tan deacuerdo con él como en ese momento. Quería un ascenso, desde luego. Un ascenso hasta la planta baja.

Me acerqué al cuadro de botones del ascensor. Un nuevo golpe en las puertas me sobresaltó y retrocedí un paso. Las imágenes de las paredes mostraron un rostro horrorizado, el rostro de un hombre cuyo interior ha sido pisoteado por una manada de búfalos. En el cuadro sólo se veía un botón: una flecha envuelta en llamas que apuntaba al infierno. Me pregunté qué ocurriría si lo pulsaba. ¿Bajaría aún más el ascensor? ¿Abriría sus puertas? Un nuevo golpe, seguido de un centenar de arañazos, aullidos y chirridos terminó de convencerme.

Me senté en un rincón, sintiendo en la espalda el frío contacto del espejo. Mi padre tenía razón. Durante los últimos siete años me había dedicado a la informática sin sentir ninguna pasión, ningún cariño por mi profesión. Consideraba cada día una tortura, una pérdida irreparable en mi vida. Ocho horas robadas por un poder superior oculto en la sombra que me castigaba por pecados que no recordaba haber cometido. Echando la vista atrás, los últimos siete años habían sido un cúmulo de despropósitos, una ruina tanto laboral como personal que no me había conducido a ninguna parte. Sí, mi padre tenía razón. No esperaba nada de mi vida, más allá de una cerveza ocasional y unas risas enlatadas.

Miré mi rostro en el espejo. Sentí ganas de llorar. En el exterior continuaban los golpes, los ruidos. Antes o después conseguirían entrar. El botón rojo parpadeaba. Debía tomar una decisión. Hacía calor allí dentro, ahora empezaba a notarlo. Y había algo en el aire, algo que me provocó un

acceso de tos. Una idea terrible me vino de pronto a la cabeza. ¿Tendría aquella trampa de acero su propio sistema de ventilación, o sólo estaba apurando los últimos momentos de oxígeno? Nuevos golpes en la puerta desviaron mi atención. El botón rojo parpadeaba, llamándome.

Cerré los ojos.

Y los ruidos cesaron.

.: 0.2.3. Subiendo :.

Silencio.

En el interior del ascensor reinaba el silencio más opresivo que nunca había sentido. Echaba de menos los golpes en las puertas, los aullidos, las voces. Encerrado en aquel ataúd acristalado, la soledad envuelta en silencio era un regalo difícilmente soportable. De nuevo mi atención se centró en el botón de bajada. Sabía que debía tomar una decisión, pero el hecho de saberlo no me ayudaba.

Siendo sinceros, siempre había huido de las decisiones. Nunca había sido amigo de las responsabilidades, y tanto en mi vida laboral como en mi... otra vida, había eludido las situaciones que conllevaban ese tipo de riesgos. En el trabajo rechazaba cualquier cargo que me situara por encima de mis compañeros, y en mis relaciones nunca había dado los pasos necesarios para llegar más lejos de una simple aventura o un divertimento. Viendo con ojos críticos mi forma de vida, creo que una palabra que me definiría sería cobarde. Sin embargo, yo no lo veía así. Me consideraba un tipo con valores clásicos, algo prejuicioso y bastante razonable, que no se encontraba cómodo enfrentándose a los avatares de la vida diaria.

Mi reflejo no devolvía esa imagen.

Pasé mis dedos por el cuadro de botones del ascensor, acariciando levemente la flecha roja brillante. ¿Sería posible descender aún más en las entrañas del edificio? Y si lo era, ¿qué horrores me esperarían más abajo? ¿Quizá habían instalado allí los departamentos de integración, soporte y pruebas de sistemas? No, no podía arriesgarme. La otra posibilidad, tan aterradora como la anterior, era que las puertas se abrieran. Si no existían más plantas por debajo de la actual, las puertas se abrirían al pulsar el botón, dejándome a merced de las criaturas arácnidas. Aunque hubieran cesado en su acoso, sabía que permanecían junto a las puertas, expectantes. No les daría la oportunidad de capturarme.

Sentí una caricia en los dedos. Sobresaltado, aparté la mano del botón y retrocedí hasta la pared de enfrente. Al apoyar la espalda contra el espejo cientos de hormigas recorrieron mi espina dorsal. No pude evitar una carcajada histérica. El rumor de maquinaria se extendió por el ascensor, apoderándose del territorio que antaño gobernaba el silencio.

Estábamos subiendo.

Alguien había llamado al ascensor. Estaba salvado.

—¡Que os jodan! —grité a las puertas, a los espejos, al suelo— ¡Que os jodan!

Ascendía hacia la planta baja, hacia la salvación. En cuanto aquella máquina infernal se detuviera y las puertas se abrieran, saldría corriendo como disparado por un resorte, apartando de mi camino a todo el que tuviera valor de interponerse en él. Pensé en el guardia de seguridad de la entrada, en los enormes perros que lanzarían sus dentelladas contra mis piernas. No me preocupaban. No sabían contra quién se enfrentaban. No sabían a quién habían subcontratado.

Mientras el ascensor devoraba la distancia que nos separaba de la superficie evalué todos los posibles inconvenientes. Quizá aquellas cosas con múltiples patas también campaban a sus anchas por las plantas superiores. No parecía probable, pero no podía descartar ninguna posibilidad. Si me bloqueaban el camino hasta las puertas de entrada,

supondrían un grave obstáculo, pero no me detendrían. Nada ni nadie en este mundo evitaría que saliera de aquel ascensor, de aquel edificio.

Los segundos se convirtieron en minutos, y tardé unos segundos en advertir que mordisqueaba mis uñas con avidez, como acostumbraba a hacer cuando me podían los nervios. Aparté las manos de mi boca, las apoyé contra las puertas metálicas, sintiendo en las palmas la reconfortante vibración que recorría todo el ascensor.

No podía faltar mucho.

Las vibraciones redujeron su intensidad y noté en mi cuerpo la maravillosa, sensual, indescriptible, sensación de pérdida de velocidad. Retrocedí dos pasos hasta que mi cuerpo quedó apoyado contra la pared. Extendí los brazos, coloqué las manos a los lados para proporcionar un impulso añadido. Saldría de allí de un salto y correría hacia la libertad sin mirar atrás, sin detenerme por nada ni por nadie.

El ascensor se detuvo, y el familiar chasquido de apertura llegó hasta mis oídos como la más hermosa de las notas musicales. Las puertas se deslizaron lentamente hacia los lados, y mis músculos torturados se llenaron de sangre mientras la adrenalina impregnaba todo mi cuerpo. Nada ni nadie me detendría.

Las puertas se abrieron.

Y allí, junto a la entrada, estaba Lucía Fernanda. Hablaba con la mujer de la entrada, pero al abrirse las puertas volvió su mirada hacia el ascensor, y sus ojos rojos inyectados en sangre se clavaron en los míos. Me quedé allí, paralizado, sin saber qué hacer, mientras ella levantaba su brazo y me señalaba y lanzaba un grito gutural surgido de lo más profundo de su garganta. Varios rostros se volvieron, me miraron. Lucía Fernanda avanzó hacia mí mientras las puertas empezaban a cerrarse, sin dejar de apuntarme con su dedo índice, sin dejar de gritar.

Yo cerré los ojos.

En el fondo, siempre había sido un cobarde.

.: 0.2.4. Sustituciones :.

Un leve titubeo, una vibración.

El ascensor continuó su ascenso hacia las plantas superiores. Durante un instante, apenas unos segundos, barajé la posibilidad de suicidarme golpeándome contra los espejos. Si el ascensor hubiera descendido no albergaba duda alguna: los cristales habrían terminado rasgando mis muñecas y robándome la vida en ríos de sangre. Pensé en la última mirada de odio que Lucía Fernanda me había dedicado mientras las puertas se cerraban. Sabía que había abandonado mi puesto de trabajo, y probablemente ya habría redactado mi carta de despido. Sin embargo yo tenía la certeza de que no le bastaría con eso. Querría ofrecer conmigo un castigo ejemplar, algo que sirviera de inspiración al resto de los subcontratados para que nunca volviera a ocurrir una situación como la que estábamos viviendo. Me pregunté por qué habría venido hasta aquí. ¿Acaso la mujer que habían traído para sustituirme pertenecía también a mi empresa? ¿O sólo había venido a evitar que abandonara el trabajo sin pasar antes por su despacho?

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

Allí no había nadie.

Salí a un pasillo de paredes negras que parecía no conducir a ninguna parte. No se veían puertas, no se veían ventanas. Algunos pasos más adelante se bifurcaba hacia el este y el oeste, y por un instante creí estar atrapado en alguna especie de mundo virtual, una mala recreación de un juego de rol para tarjetas de dieciséis colores. Después oí la voz, apenas un susurro. Alguien murmuraba justo donde el pasillo se dividía en dos. Las puertas del ascensor se cerraron a mis espaldas y oí cómo reanudaba su marcha. ¿Hacia arriba o hacia abajo? Era difícil saberlo, pero también era cierto que no era el único ascensor del edificio, como las puertas metálicas de mi derecha me decían a gritos. Pronto vendrían a por mí, así que opté por internarme en aquel pasillo, con la esperanza de que el dueño de aquella voz no tuviera cuatro cabezas ni extremidades arácnidas.

Di un paso, otro. En aquella planta hacía frío. Una suave brisa procedente de ninguna parte aliviaba el calor que me había abrasado en el interior del ascensor. Di otro paso, miré hacia atrás. Las puertas permanecían cerradas, y ningún indicador luminoso me alertaba de posible compañía. De nuevo oí la voz hablando en susurros, y sentí un escalofrío. ¿De veras iba a enfrentarme a lo que me esperaba en el recodo del pasillo? ¿Estaba preparado para una nueva aparición?

Di otro paso. Algo me daba vueltas en la cabeza. No conseguía comprender qué hacía Lucía Fernanda allí. Lo más lógico sería pensar que, como hizo conmigo, había acompañado a mi sustituto. Mi sustituta, en realidad. ¿Quién podría ser? Tendría que ser alguien sin proyecto, o alguien asignado a un proyecto que no reportara demasiados beneficios.

Estaba delirando.

Enviar a un trabajador aquí era un castigo, el beneficio económico no importaba.

Di otro paso.

—¿Hay alguien ahí? —dijo la voz, y un rostro de ojos rojos, cubierto de pelo, se abalanzó sobre mí.

.: 0.2.5. En las escaleras :.

—¿Tienes hambre? —dijo Javier, entregándome una chocolatina.

—Sí —respondí, atrapándola entre mis manos con avidez.

La chocolatina se deshacía entre mis dedos, y me los llevé a la boca para no desperdiciar ni una mínima porción. Javier me miraba con una mezcla de diversión y pánico reflejada en su rostro, un Van Gogh desquiciado alimentado durante años con pipas de girasol. Hurgó en los bolsillos de su pantalón –sucio y mutilado en un centenar de sitios distintos– y extrajo un par de patatas fritas que se llevó a la boca sin dudar.

Mientras degustaba los últimos restos de chocolate adheridos a mis manos, traté de pensar en la situación en la que me encontraba. Perdido en un tramo de escaleras entre dos pisos, junto a una máquina dispensadora apagada con el cristal roto, acompañado por un hombre destruido cuya mente se había tomado unas largas vacaciones pagadas, todo hacía pensar que no podía caer más bajo (al menos siendo analista programador). Había decidido seguir sus pasos a través de pasillos oscuros e innumerable puertas de seguridad –con un letrero luminoso en su parte superior, de los que se colocan en las salidas de emergencia, que mostraba burlonamente la palabra SALIDA– con la esperanza de que en su alocada carrera me condujera hasta el exterior del edificio. Tardé varios minutos en comprender que, en realidad, me estaba llevando hasta su casa. Porque Javier vivía en aquel tramo de escaleras, junto a aquella máquina abandonada repleta de chocolatinas desechas, bolsas de patatas, botellas de agua caliente y paquetes de chicles.

—Puedes dormir aquí, si quieres —dijo Javier, tendiéndose en las escaleras y cubriéndose con unos cartones que exhibían el nombre de la empresa, SEDAH.

Me había dicho su nombre mientras corríamos, susurrándolo al aire, como si el hecho de que yo lo atrapara creara un vínculo entre nosotros. Y si algo necesitaba aquel hombre eran vínculos, relaciones. Desde que habíamos llegado a aquel escondrijo en las escaleras (retorcidas, eternas hacia arriba y hacia abajo, aunque no parecieran conducir a ninguna parte) no había parado de hablar.

Lamentablemente no me había servido para aclarar ningún aspecto de mi situación actual.

Javier hablaba sobre escaleras que parecían no conducir a ninguna parte, sobre pasillos interminables, sobre extraños compañeros de rostros blanquecinos y dedos largos con excesivas articulaciones, sobre máquinas expendedoras que funcionaban con tarjetas que él no poseía, sobre los servicios de limpieza del edificio y sus extraños aullidos, sobre los equipos de instalaciones y su torpeza, sobre la ausencia de un responsable de pruebas de sistemas, sobre todo y nada.

—¿Y cómo puede uno salir de aquí? —había preguntado yo, albergando nuevas esperanzas.

—¿Salir? ¿De dónde? ¿Estamos dentro de algo? —había respondido Javier.

Me sentía agotado, como si me hubiera dedicado durante ocho horas seguidas a trabajar, algo impensable en un informático. Dolorido, sabiendo que cometía un error pero incapaz de hacer nada por evitarlo, me tumbé

junto a la máquina, dos escalones por encima de Javier. Todo lo que mi cuerpo me pedía era reposo.

—Buenas noches —dijo él, y la sencillez de sus palabras, de sus gestos, me relajó.

Lucía Fernanda me estaría buscando. Quizá también mis compañeros, o los servicios de seguridad, quién podía saberlo. Pero allí, en las escaleras, en la penumbra generada por las luces de emergencia, me sentí protegido. Allí no me encontrarían. Javier llevaba mucho tiempo oculto en aquel agujero; yo podría permitirme al menos unas horas de descanso. Antes de cerrar los ojos, miré una última vez hacia las escaleras que ascendían.

Era una locura, sí.

Sin embargo sabía que seguiría mi camino hacia los pisos superiores.

.: 0.2.6. Recuperando fuerzas :.

—Despido —dijo Javier, con una sonrisa exultante en el rostro.

Anotó sus cincuenta puntos extra en una hoja de papel, colocó las fichas sobre el tablero y buscó en el saco siete nuevas para continuar con la humillación. Desde luego no existía mejor manera de comenzar una partida de Scrabble que aquella. Yo eché un vistazo a mi mano -un caos de consonantes de alta puntuación y una vocal- y maldije en silencio. Tomé dos fichas y las coloqué sobre el tablero.

—Hoy —dije.

Javier asintió y dio un mordisco a su chocolatina. Llevábamos todo el día jugando y todavía no había podido ganar ni siquiera una partida. Resultaba sorprendente la facilidad con la que las palabras se formaban cuando Javier jugaba, y las dificultades con las que yo me encontraba. Me veía limitado la mayoría de las veces a palabras de cuatro letras, cuando no a simples monosílabos. Al principio no le había dado importancia, pero tras cada partida me sentía más exasperado con la suerte absurda que acompañaba a mi rival.

Recogí mi lata (caliente, abollada) del suelo y bebí un trago. Habíamos pasado la mañana saqueando un par de máquinas de bebidas que tenían el aspecto de llevar desenchufadas desde el final de la Guerra Civil. Al despertarme toda la determinación de la noche anterior había desaparecido, por lo que la oferta de Javier de quedarme un día más recuperando fuerzas se había convertido de pronto en la opción más atractiva. Sabía que aquello no podía durar para siempre, pero unas horas más en compañía de otro ser humano, charlando y descansando, no podían hacerme ningún daño.

De hecho, esas horas podían estar facturándose como tiempo de trabajo, acumulables a mi finiquito.

—Diablo —dijo Javier, y tras anotar su puntuación hurgó en la bolsa en busca de nuevas letras.

Descartado el ascensor, la única forma de salir de aquel lugar estaba en las escaleras. Ascender hacia los pisos superiores y confiar en que, una vez allí, pudiera encontrar una salida.

—¿Qué hay allí arriba? —pregunté mientras me devanaba los sesos tratando de formar una palabra.

Javier abrió la boca, la cerró. Me miró como si sopesara la respuesta en función de mi estado de ánimo. Aquel hombre, aquel pobre loco, representaba mi única fuente de información. Tergiversada, probablemente equivocada, pero la única información de la que dispondría para afrontar los peligros que los pisos superiores me depararan.

—Propios —dijo con voz grave, y sentí un escalofrío.

—Propios —repetí, y Javier se cubrió los oídos con las manos.

Sí, aquello tenía sentido: los trabajadores subcontratados –habitualmente denominados ajenos, externos, colaboradores, mercenarios o un sinfin más de adjetivos peyorativos disimulados con habilidad bajo un torrente de eufemismos– colocados en el sótano, privados de la luz del día, de los comedores de personal, de las tarjetas de acceso; los propios sentados junto a grandes ventanales, con fotografías de su familia junto al monitor, sonriendo y tomando café cada media hora.

Propios.

No sabía si tendría valor para enfrentarme a ellos, nunca antes lo había hecho. Siempre los había visto como seres distantes, en otro plano de la realidad, tan alejados de nosotros que dudaba incluso que, en caso (la Gerencia no lo permitiera) de que alguna vez propios y ajenos tuviéramos algo más que una relación laboral –intimáramos, vaya–, pudiéramos tener descendencia.

Sequé el sudor de mi frente y traté de armarme de valor. Si quería salir de allí, no me quedaba otra opción que superar mis miedos.

Propios.

Si al menos hubiera entre ellos algún becario.

.: 0.2.7. Despedidas :.

Arriba.

No sabía explicar por qué, no podía exponer ninguna razón lógica, pero algo me decía una y otra vez que la salida la encontraría arriba. Quizá se debía al miedo que me había producido encontrar a Lucía Fernanda en la planta baja, quizá al pánico que me provocaban aquellas marionetas arácnidas que recorrían los sótanos. O simplemente había realizado una absurda asociación de ideas, comparando mi estancia en el sótano con el infierno, y ansiaba encontrar mi salvación en las alturas. Fuera como fuese, mi decisión estaba tomada, y había decidido pasar los últimos minutos con Javier, jugando una partida de Scrabble, y hablando sin parar de decir trivialidades para monopolizar la conversación. Tenía miedo de oír de su boca alguna razón para no marcharme de allí, alguna razón que terminara convenciéndome y convirtiéndome en alguien como él.

—Me marcho —dije, recogiendo un puñado de letras de la bolsa tras descartar seis de las mías.

Javier asintió sin apartar la vista de sus letras. Habíamos compartido buenos momentos, y ambos sentíamos que la despedida nos devoraba por dentro. No habría lágrimas, desde luego. Éramos ajenos, y los lazos que nos unían en la empresa siempre se quebraban antes o después. No teníamos tiempo para largas relaciones, no podíamos plantearlas. Siempre nos marchábamos antes de estrechar lazos. Éramos ajenos, marionetas en manos de nuestros gerentes, que nos movían de un lado a otro como peones, piezas sacrificables en una partida perdida de antemano.

—Buena suerte —dijo, y colocó sobre el tablero sus siete letras de forma que, aprovechando otras cuatro, formó la palabra buenasuerte.

Javier anotó sus puntos en una hoja y comprobó que en la bolsa sólo quedaban tres letras. Aquella palabra no existía, desde luego, pero ¿qué importancia tenía? Javier alzó la mirada, y sus ojos estaban rojos y brillantes. Sonreí.

—¿Qué día es hoy? —pregunté, más por cambiar de tema que otra cosa.

—Martes —dijo Javier—. Aquí siempre es martes.

Asentí, me levanté y me dirigí hacia la puerta de emergencia, a través de la cual se accedía a las escaleras. Abrí la puerta, y antes de cruzar el umbral, me volví. Javier seguía sentado en el suelo, junto a la pared, sosteniendo en su mano las tres letras que había extraído de la bolsa, mostrándomelas. Una be, una y griega, una e.

—Volveré —dije.

Después cerré la puerta y salí a las escaleras. Ascendí el primer tramo con precaución, mirando atrás una y otra vez, por si Javier cambiaba de opinión y me acompañaba. No lo hizo. Llegué al primer descansillo, me detuve. Las escaleras continuaban hacia arriba, hacia la salvación. Ante mí se encontraba otra puerta de emergencia, invitándome a que me adentrara en los secretos del edificio. Dudé. Entonces oí ruido en las escaleras, voces, susurros, sobre mi cabeza. Sentí miedo y, ante mi propia sorpresa, abrí la puerta de emergencia y entré.

.: 0.2.8. Primera planta :.

Luz blanca, cegándome.

Retrocedí hasta la puerta y sentí la barra de seguridad clavándose en mis riñones. Cerré los ojos, los abrí. Poco a poco pude acostumbrarme al brillo de los fluorescentes del techo, y entonces aprecié en toda su grandeza el lugar en el que me encontraba. Un pasillo de suelo azul, formado por enormes losetas, discurría entre pequeños cubículos de paredes transparentes, construidos de un material parecido al cristal pero, como pude advertir cuando lo toqué, más cercano al plástico. No podía ver en su interior, aunque sospechaba que desde dentro sí podrían verme. Carecían de puerta, pero una abertura lateral que daba al pasillo servía para acceder a los cubículos. Los dos primeros, uno a cada lado, estaban vacíos, ocupados únicamente por una mesa y una silla.

Entré en el de la derecha, me senté.

Del interior de la mesa surgió un terminal completo. La pantalla se encendió, mostrando el logotipo de la empresa. Paralizado, no me atreví a pulsar ninguna tecla. No sabía qué me provocaba más temor: el hecho de que sonara una alarma y vinieran a por mí, o ver de nuevo la terrible ventana de autenticación, con sus cajas de texto para el nombre de usuario y la contraseña. Miré al techo. Una suave música, apenas perceptible, procedente de diminutos altavoces adosados a la parte más alta de la pared, se deslizaba por la planta como una serpiente venenosa.

—Mozart —susurré.

Salí y, de nuevo en el pasillo, miré a mi alrededor. El frío que sentía en los brazos lo provocaba un gigantesco aparato de aire acondicionado colocado sobre la puerta de emergencia. Las líneas paralelas de cubículos seguían durante varios metros, y luego se bifurcaban en una especie de almacenes grises –o quizá despachos cerrados, difícil de apreciar desde la distancia–. En mitad del pasillo, junto a uno de los cubículos, descansaba un carro alto con bandeja, sobre la que habían apilado varios fajos de papeles de forma desordenada. Para llegar hasta él tendría que cruzar por la puerta de tres de aquellos cuartos, y nadie me aseguraba que no estuvieran ocupados por... por... propios.

Tampoco podía retroceder, huir por la puerta de emergencia. No, debía buscar el ascensor. Seguro que en aquellas plantas tendría algún botón más que el que nos reservaban a los ajenos. Quizá alguno que me llevara al aparcamiento, por ejemplo, para después escapar desde allí tras robar un coche o algo similar o... Bueno, ya se me ocurriría algo. Avancé unos pasos hasta la entrada del siguiente cubículo y pegué la oreja al cristal. El rítmico sonido de unos dedos largos, delgados, tecleando a más de trescientas pulsaciones por minuto acabó con mis esperanzas. Allí había alguien, algo, y trabajaba.

No podía ser humano.

Volví mi atención al carro, un objeto que quebraba la simetría, que rompía la homogeneidad del conjunto. ¿Qué hacía ahí? ¿Quién lo había dejado en mitad del pasillo? Entonces, súbitamente, comprendí que su dueño no tardaría en aparecer. Tenía que salir de allí cuanto antes. Sopesé las posibilidades y decidí recorrer el pasillo con paso firme, sereno, y en cuanto me descubrieran, correr como un desesperado. Un plan lógico, perfecto. Caminé hasta alcanzar el carro, me detuve. La pila de papeles

amontonados parecía un puñado nóminas, quizá contratos. ¿Estaría el mío allí? Tomé entre las manos uno de los fajos de papeles.

—¿Se puede saber qué está usted haciendo? —dijo una voz a mi espalda.

Todo estaba perdido.

El timbre, el tono, la amenaza velada.

Era la voz de un propio.

.: 0.2.9. Otros como yo :.

—¿Se puede saber qué está usted haciendo? —dijo una voz a mi espalda.

Me volví, aterrado, y mis ojos se encontraron con un propio. Sentí un escalofrío recorriendo mi columna vertebral, y los dedos del pie derecho empezaron a temblarme de forma incontrolable en el interior del zapato. Retrocedí un paso y choqué contra el carro, que se desplazó unos centímetros. Apoyé mis manos contra la repisa superior, ahogé un gemido.

El propio me miraba con sus grandes ojos negros, sin pupilas ni párpados. Debía medir al menos dos metros de alto, y su piel blanca surcada de delgadas venas azules le daban una apariencia demasiado alejada del estereotipo humano para resultar cómoda. Alzó una mano para rascarse su cráneo rasurado y pude apreciar que sólo tenía tres largos dedos, tan articulados que parecían moverse como un puñado de gusanos sobre su cabeza.

—Quisiera saber qué está usted haciendo —dijo el propio.

—Yo... yo... —balbuceé, incapaz de improvisar una excusa.

En su presencia me había transformado en un insecto a punto de ser devorado por un sapo, en un recién nacido alejado del pecho de su madre, en un ajeno con disponibilidad para viajar enviado seis meses a Nigeria. Traté de retroceder, alejarme de aquella criatura cuasidivina que disfrutaba de las ventajas de un sindicato de empresa y de cursos de formación cada seis meses, pero de nuevo mi cuerpo tropezó con el carro, y un puñado de papeles cayó al suelo. Sin saber muy bien por qué, dominado por el pánico, me agaché a recoger los papeles, amontonándolos sobre los demás de cualquier manera. El propio, los brazos cruzados, me observó como una serpiente miraría a una rana. Cuando terminé me incorporé y traté de esbozar una sonrisa.

—Ya veo —dijo el propio—. Estamos torpes esta mañana.

—Yo... lo siento —dije.

—No tiene importancia. Lleve los documentos a la sección 6-C, los están esperando hace media hora —dijo el propio.

Abrí la boca, la cerré. ¿Qué podía decirle? ¿Que yo no pertenecía a aquel departamento? ¿Que ignoraba por completo dónde se encontraba esta sección? También podría enfrentarme a él, negarme a realizar un trabajo que, como analista programador, no me correspondía. Arrastrar un carrito cargado de papeles. ¿Qué sería lo próximo? ¿Pruebas de sistemas? Así que reuní todo el valor que me quedaba, miré fijamente a sus sin párpados y dije:

—Inmediatamente, señor.

Me volví, apoyé las manos en el carro y avancé empujándolo hacia el final del pasillo. Recé para que la sección 6-C estuviera en esa dirección, y al parecer debía de ser así, porque no oí ningún grito a mis espaldas. Eso fue durante los primeros seis segundos, claro. Después, una voz nerviosa gritó:

—¡Eh! ¡Ese es mi carrito!

Y allí estaba otro ajeno, el rostro demudado por la sorpresa, mirándome sin saber qué hacer. Yo traté de hablar, de explicarle la situación, pero no pude.

Tras él, dos guardias de seguridad nos observaban con el odio reflejado en sus rostros.

.: 0.3.0. Estás entre amigos :.

Desde pequeño, desde muy pequeño, mi madre me acostumbró a no decir mentiras.

En un principio, como todos los niños, mis mentiras se descubrían con facilidad. Cada vez que pronunciaba una, cubría mi boca con ambas manos y abría mucho los ojos, temiendo que algún adulto hubiera advertido que mis palabras no respondían a la verdad. Mi madre solía ser la primera en darse cuenta y no tardaba en reprobar mis acciones. La variedad de castigos que utilizaba era tal que me resultaba imposible predecir cuál sería el próximo. Eso sí, jamás me puso la mano encima. Este niño necesita un buen escarmiento, solía decir, y yo asentía sabiendo que el único culpable era yo.

Con el tiempo fui creciendo, y mentir se convirtió en un arte refinado. Si en la adolescencia me ruborizaba y me llevaba una mano a la boca o a la nuca –sin contar los centenares de microgestos que sólo las mujeres podían captar–, en la madurez había reducido los gestos a un leve parpadeo y un aumento en la transpiración. Aún así, cada vez que decía una mentira en presencia de mi madre, ella lo descubría. Sin albergar duda alguna.

Gracias a la Línea de Comandos, ella no estaba entre los propios de la primera planta, ni entre los guardias que avanzaban amenazadoramente hacia nosotros, exhibiendo sus porras eléctricas y sus dientes metálicos.

—No sé quién demonios es este tipo, pero es evidente que quiere quitarme mi carrito —dije, y parpadeé.

El ajeno me miró con la boca abierta. La mano –si se podía llamar mano a aquella garra de acero del tamaño de un balón de baloncesto– de uno de los guardias se apoyó sobre su hombro mientras agachaba la cabeza hasta quedar a la altura de su oreja.

—¿Tiene usted alguna explicación racional para este hecho, colaborador? —preguntó el guardia, pero el ajeno no respondió.

Durante unos segundos pensé que se quedaría allí para siempre, como una estatua, con la boca abierta hasta que la mandíbula se cayera de su cuerpo. Noté el sudor acechando en las palmas de mis manos, soldadas a la barra superior del carro como los labios de un recién nacido al pecho de su madre. El segundo guardia se acercó al propio, que miraba la escena con cierto desdén.

—¿Cuál de ellos es su repartidor habitual? —preguntó el guardia, y el propio se encogió de hombros.

—¿Cómo quiere que lo sepa? ¡Todos los ajenos son iguales! —dijo el propio—. Si alguien me cambiara la silla, tampoco sería capaz de descubrirlo. Aunque si tuviera que emitir un juicio, diría que éste es nuestro repartidor.

El propio alzó el brazo y lentamente, muy lentamente, estiró en su totalidad el dedo índice –pude contar hasta siete articulaciones desplegándose en armonía, con parsimonia– y, ante el estupor de mi compañero, de mi camarada, del ajeno al que le había sustraído su medio de vida, me señaló.

—Perfecto —dijo el guardia, y su compañero derribó al ajeno de un certero golpe en la nuca antes de que este pudiera protestar.

Vi cómo arrastraban su cuerpo en dirección a las escaleras y sentí un escalofrío.

—Deje el carro ahí y vuelva con los suyos —dijo el propio, señalando el final del pasillo—. Ya continuará el reparto mañana. No queremos otra baja por estrés en esta oficina.

Balbuceé un agradecimiento y me volví al tiempo que los guardias sacaban el cuerpo maltrecho del ajeno al exterior. Avancé como un muerto viviente hasta una puerta gris, enorme, sobre la que podía leerse un cartel con las letras ALMACEN, escritas con la fuente arial. La letra e no lleva acento ortográfico, pensé. Coloqué la mano en el pomo, nervioso, esperando un grito de reprobación a mi espalda. Aquel era un almacén, no un despacho para colaboradores externos de la empresa. Un almacén, por el amor de Dios. No podía ser allí, me había equivocado.

—¿Va a entrar o prefiere que le abramos la puerta? —oí la voz del propio desde el fondo del pasillo.

—Entro, entro —dije, y abrí la puerta.

.: 0.3.1. En el almacén :.

Sillas, mesas, torres de ordenador, paquetes de folios, cajas de cartón repletas de objetos, bolígrafos, carpetas, lápices de dos colores –rojo y azul, como en el colegio–, gomas de borrar, tijeras, más sillas, teléfonos sin línea con los cables enrollados alrededor, tazas de promoción, un puñado de ratones inalámbricos, un ventilador, varios maletines para portátiles, un par de muñecos de peluche de vivos colores, calendarios, cajas de plástico llenas de clips, ajenos sentados en silencio, estanterías repletas de libros –manuales de consulta, informes, manuales de usuario, documentos de análisis– y archivadores negros, rojos, azules, blancos, una improvisada montaña de discos duros y disqueteras, toneladas de discos amontonados sobre cajas cerradas y selladas con cinta de embalaje, cajoneras, un par de botiquines, rotuladores fluorescentes, mecheros, dos pizarras, tablones de corcho con cientos de pequeñas notas adheridas, un pequeño taburete de madera.

Caminé hasta el taburete, me senté.

Los ajenos, la mirada baja, continuaron en silencio.

.: 0.3.2. Reflexiones :.

Sentado en el taburete, recorriendo el almacén con la mirada, no tardé en descubrir una estructura rectangular, similar a la que se podía encontrar en el despacho del sótano, junto a media de docena de sillas negras amontonadas de cualquier manera.

Me pregunté dónde se encontrarían las tazas y los platos para recoger la comida. En aquel piso las cosas no habían cambiado demasiado. Los ajenos seguíamos encerrados en un lugar oscuro, sin ventanas de ningún tipo, amontonados de cualquier manera como muebles viejos. Recursos, esa era la palabra, recursos. Lucía Fernanda solía utilizar esa palabra cuando hablaba de nosotros con los gerentes o los jefes de división de otras empresas. Recursos. Una simple palabra que te arrancaba de cuajo toda tu humanidad y permitía a tus superiores tratarte como un ser inferior, ínfimamente por encima de una mesa o una silla (y por debajo de un ordenador, desde luego).

Todavía podía recordar el día que uno de mis compañeros, un valiente, en una muestra de arrojo sin precedentes, entregó su baja voluntaria en la empresa para dejar el mundo de la subcontratación y montar su propio negocio: un vivero. Lucía Fernanda lo encerró en su despacho y maldijo tantas veces que mi compañero estuvo a punto de llamar a la policía. Lucía Fernanda le transmitió la preocupación del cliente final, la sensación de indefensión que sentía la empresa ante una decisión no meditada como la que mi compañero había tomado, su falta de implicación en el negocio, su ansia de dinero, anteponiendo un beneficio económico personal al bien común de la empresa.

Después, viendo que sus palabras no hacían mella –al menos no demasiada– en el ánimo de uno de sus recursos más valiosos, le dijo que allí, en nuestra pequeña empresa, tenía un nombre. No como en las otras a las que iría, más grandes, más impersonales, donde no sería más que un número. Mi compañero le preguntó entonces cómo se llamaba. Así de simple, así de directo. Lucía Fernanda no lo recordaba.

Sentado en el taburete, junto a un puñado de ajenos silenciosos, comprendí que ahora, en aquel instante, yo tampoco recordaba el nombre de mi compañero.

—¿Cómo te llamas? —dijo una mujer vestida con un mono gris, sentada sobre una caja de cartón repleta de papeles.

Tardé un instante en comprender que se dirigía a mí.

—El nuevo —dijo un hombre, oculto tras una montaña de clips y grapadoras.

—Un nombre perfecto —dijo otro, algunas mesas más allá.

No discutí, no me encontraba con ánimo.

—¿Dónde está Sergio? —preguntó una voz que no pude localizar.

—Imagino que el nuevo le sustituye —dijo el hombre de las grapadoras—. No sé si lamentarlo o felicitarle por ello.

—Da igual, no pienso estar mucho tiempo aquí —dije.

Y asistí a uno de esos momentos mágicos, uno de esos momentos en los que comprendías que los ajenos, al fin y al cabo, conservábamos nuestra humanidad.

Todos ellos, sin excepción, reían a carcajadas.

.: 0.3.3. Transiciones :.

—¿Qué tienes pensado? —me preguntó uno de los hombres.

—Salir de aquí —respondí.

El hombre me miró con recelo, después acercó una de las sillas y se sentó a mi lado. Otra mujer abandonó su caja de cartón y se colocó a su lado, y pronto la imitaron más ajenos. Me había convertido en el centro de atención, en un improvisado refugio para las esperanzas de todos aquellos seres humanos.

—Recuerdo una vez, hace ya varios años, a un hombre como tú —dijo un hombre vestido con un mono verde que sostenía en la mano una regadera, y añadió en susurros—. Un idealista.

Me encogí de hombros.

—No, sólo quiero salir de aquí —dije.

—¿Por qué? —preguntó una mujer, su pelo rubio enmarañado entre un centenar de clips—. Aquí estamos cerca de los propios, del desarrollo.

—Mucho peor sería que nos destinaran junto al cliente —dijo un chico joven, que se mantenía apartado.

Sentí un escalofrío en la espalda. Destinado junto al cliente. Si aquella empresa que me había subcontratado no era, como yo había pensado en un principio, el cliente final, ¿cómo sería estar destinado allí? No imaginaba nada peor, nada más horrible que SEDAH, y ahora alguien mencionaba lo que podía convertirse en el castigo definitivo, en el sufrimiento sin medida.

—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntó la mujer del pelo enmarañado.

Bajé la mirada. No lo sabía.

—Tengo que pensarlo, todavía no tengo todos los cabos atados —dije, y un murmullo de desesperación se extendió por todo el almacén.

El joven se acercó hasta mí, me miró.

—Confiamos en ti, amigo —dijo.

Yo asentí. Sí, confiaban en mí. Sabían que yo podía liberarlos, que no era un capítulo de transición en sus vidas, uno de esos capítulos en los que parece que nada ocurre, sin fuerza, sin ritmo, sin pasión, apoyado en diálogos de relleno para completar un número mínimo de palabras. No, yo no era ese tipo de capítulo. Yo les sacaría de allí.

Justo en ese momento la puerta del almacén se abrió con un chirrido.

.: 0.3.4. Judas :.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —dijo el propio, su silueta recortada contra la luz que entraba por la puerta.

Entorné los ojos, tratando de distinguir sus rasgos y constatar que se trataba del mismo propio que se había dirigido a mí anteriormente, junto al carrito. No pude. Al fin y al cabo, todos los propios eran iguales.

—¡Yo os he llamado! —dijo el joven, mostrando en su mano un diminuto artefacto similar a un teléfono móvil pero de un desagradable color rosa— ¡Este hombre plantea una revolución a gran escala!

El propio se adentró en el almacén. Frunció el ceño y cubrió su rostro con un pañuelo, probablemente tratando de evitar nuestro olor. Todos sabíamos que los propios no acostumbraban a relacionarse con los subcontratados –los ajenos, los colaboradores, los esclavos, ¿qué más daba?– más allá de lo imprescindible. Corrían algunas leyendas por los comedores: propios compartiendo la comida con ajenos, propios cediendo el asiento a los ajenos. Todos sabíamos que nunca había ocurrido, que nunca lo harían.

Tras el propio entraron en el almacén tres o cuatro guardias de seguridad. Resultaba difícil asegurar el número, pues sus cuerpos desproporcionados y sus rostros anodinos se confundían en la oscuridad.

—¡Ese es, ese es! —dijo el joven, señalándome mientras daba ridículos saltitos.

El resto de compañeros, de camaradas de fuga, había retrocedido hacia las sombras, ocultándose tras sillas abandonadas, tras pilas de papeles desechados, tras torres cuyas entrañas habían sido devoradas por los rapaces de placas madre.

—Llévenselo —dijo el propio, ocultando—. Apártenlo de mi vista.

Los guardias de seguridad avanzaron con decisión, y pude apreciar que sólo dos habían entrado. Podría decir que cientos de ideas, cada cual más descabellada, desfilaron ante mis ojos como diapositivas, pero faltaría a la verdad. Más allá de suplicar y huir y patalear no se me ocurrió mucho más, así que permanecí sentado, la cabeza baja, esperando a los guardias. Ya no tenía ganas de seguir huyendo, ¿para qué? Volvería al sótano húmedo, al trabajo rutinario, a una vida sin esperanzas más allá de un nuevo usuario y una nueva contraseña. ¿Qué más daba? ¿Acaso fuera me esperaba algo mejor?

—¡Eh! ¡Pero...! ¿Qué hacen? —dijo el joven, y alcé la mirada.

Los guardias le habían golpeado y derribado. Tumbado en el suelo, suplicaba y pataleaba –huir, lo que se dice huir, no era una opción– mientras era arrastrado por el pelo en dirección a la puerta del almacén. Al pasar junto al propio, con el rostro empapado de lágrimas, reunió el poco coraje que le quedaba para hablarle.

—¡Me prometiste que si alguna vez delataba a mis compañeros me haríais propio! ¡Jefe de proyecto al menos! ¡Me lo prometiste!

—Mentí —dijo el propio sin ni siquiera dedicarle una mirada.

Los guardias –enormes y desproporcionados, ¿lo había mencionado con anterioridad?– salieron del almacén con su carga, y nos dejaron allí, en silencio, con el propio.

—En cuanto a usted, creo que deberíamos tener unas palabras —dijo, acercándose un paso.

—Yo... yo... —balbuceé, incapaz de encontrar las palabras.

A mi espalda los ajenos empezaron a abandonar sus precarios escondites, agrupándose, formando una piña, avanzando con tímidos pasos hacia el lugar en el que nos encontrábamos.

—No —susurraron todos a la vez—. Nosotros hablaremos esta vez.

.: 0.3.5. Nunca nos quitarán... :.

—¡Apartaos, apartaos! —gimió el propio, su rostro pétreo desfigurado en una máscara de odio y repulsión.

Los subcontratados, reflejada en sus ojos la furia de tantos años tratados como esclavos, como objetos del mobiliario de la oficina, como papel destinado al depósito de reciclaje, se abalanzaron sobre el propio como una criatura pluricelular sin mente, sin miedo al despido. Alzaron sus brazos, y vi que portaban patas metálicas arrancadas de mesas cubiertas de polvo, cadenas de clips que ondeaban en el aire como serpientes venenosas, grapadoras brillantes que chasqueaban como dientes afilados. El propio trató de alcanzar la puerta, pero ellos, una masa informe de brazos y material de oficina, ya se encontraban sobre él.

—¡Por aquella vez que tuve que quedarme durante una semana hasta la madrugada, para ayudar en una oferta que ni siquiera llegó a entregarse! —gritó un hombre, golpeando el cuerpo del propio con sus puños desnudos.

—¡Por las vacaciones que tuve que cancelar por culpa de un gerente incapaz de hacer su trabajo! —gritó otro, descargando la pata de la mesa.

—¡Por el cambio de turno que me impidió ver a mi hijo durante casi dos meses! —aulló una mujer, lágrimas de odio y felicidad resbalando por sus mejillas.

Todos golpearon y golpearon y golpearon sin detenerse. Yo retrocedí, espantado, buscando refugio en las sombras del interior del almacén, mientras aquel puñado de ajenos desesperados reducía a pulpa el cuerpo del propio. Una luz roja en el techo, discreta, presagiaba la llegada de los equipos de seguridad en escasos segundos. Me arrastré bajo una mesa desvencijada, me oculté tras unas cajas de cartón.

—¡Nunca nos quitarán... los puentes! —gritó un hombre entre la algarabía.

—¡No permitiremos más presiones injustificadas a nuestros delegados sindicales! —gritó una mujer.

Apoyé la espalda contra la pared. Los guardias no tardarían en llegar. No hacer tu trabajo era admisible. Incluso tratar de escapar de la oficina. Pero tocar –no digamos ya matar, destruir, desintegrar– a un propio... Oh, Señor, ¿cuál sería la pena por semejante acción? Y, quisiera o no, yo había sido el instigador de la masacre. Dios mío, ¿qué me harían cuando me atraparan? ¿Enviarme a Soporte? Los golpes remitían, no quedaba mucho tiempo.

Sentí frío en la espalda: una suave brisa se deslizó por mi columna vertebral, acariciándome. Me volví y descubrí en la pared una rejilla oxidada, cubierta de polvo. Temblé de excitación. Tenía el tamaño justo para introducirme en su interior y salir de allí. Quizá algo ajustado, quizá claustrofóbico, pero mejor que enfrentarme a lo que nos esperaba. Intenté arrancarla con las manos, no pude.

—¿Amigo? ¿Dónde estás, amigo? —preguntó una voz de mujer.

Miré a mi alrededor, al caos de objetos que, amontonado en el suelo, me rodeaba. Encontré algunos bolígrafos, los cogí. Introduje dos de ellos –de color azul, de punta fina– entre las bandas metálicas de la rejilla, hice palanca.

—¿Amigo? —dijo otra voz.

La rejilla cayó al suelo con estrépito. En ese mismo instante, la puerta del almacén se abrió.

—¡Todos al suelo! ¡Ahora mismo! —gritó uno de los guardias.

No me preocupé.

Mi cuerpo ya reptaba por el interior del conducto de ventilación.

.: 0.3.6. Ella :.

Clinc. Clinc. Clinc.

La hebilla de mi cinturón golpeando contra el suelo metálico, volviéndome loco.

Avanzaba lentamente, arrastrándome por el suelo, trepando cuando el conducto giraba y se retorcía como una serpiente danzando al son de la música. Cada centímetro que avanzaba –empapado de sudor, jadeando, clavando las uñas en el metal plateado– suponía un triunfo, una victoria que me alejaba un poco más del infierno de la subcontratación. Ahora lamentaba no haber abandonado en los primeros años, cuando mi mísero sueldo todavía me permitía plantearme otras alternativas. Atrapado por las hipotecas, los préstamos personales, el ritmo de vida al que me había acomodado, ya no podía escapar del círculo vicioso en el que me encontraba.

Clinc. Clinc. Clinc.

En el interior del conducto el calor me abrasaba. No lo entendía, ¿acaso no servían aquellos tubos para enfriar el edificio? Quizá me equivocaba, quizá no me deslizaba por el interior de los conductos de aire acondicionado, sino que avanzaba por el interior del esófago de una bestia dormida, reptando hacia su estómago rebosante de ácidos. Agité la cabeza y me golpeé contra el metal. Maldije entre dientes mientras trataba de borrar la imagen de aquella criatura ancestral que me devoraba. Me sentía como Jonás en el interior de la ballena, sólo que yo me había quedado atrapado en los intestinos, y mi ballena había sido construida de metal.

Clinc. Clinc. Clinc.

Avancé durante varios minutos más, contorsionándome como un bloque de gelatina atrapado en un improvisado laberinto de probetas, hasta que, a pocos centímetros de mis manos, en el lugar que podía denominar como suelo, descubrí una rejilla. Me arrastré hasta que mi rostro quedó sobre la abertura, y una ráfaga de aire fresco se coló entre las rendijas, aliviando mi sufrimiento. Cerré los ojos, liberé la tensión. No sé cuánto tiempo transcurrió, pero unas voces me despertaron de mi ensoñación.

—... problemático, como la mayoría de los que nos envías —dijo una voz.

—Las tarifas se han reducido en un veinte por ciento. Por ese precio, ¿qué esperas que encuentre? —respondió otra, demasiado familiar.

Las voces procedían de algún lugar más allá de la rejilla, bajo mi cuerpo. Al parecer aquella sección del tubo debía recorrer el techo de un despacho. Con sumo cuidado introduje mis dedos entre las rendijas y traté de atisbar el interior del cuarto. Desde donde me encontraba podía ver una pared repleta de grandes papeles enmarcados –titulitis, una enfermedad que aquejaba a muchos propios– y, frente a ella, una mesa negra sobre la que descansaba un monitor de pantalla plana. Sentado a la mesa –las manos entrelazadas, los codos sobre la superficie, la cabeza descansando sobre las manos– un propio sonreía con la inequívoca expresión del depredador que sabe que su presa no tiene escapatoria. Frente a él, en una silla baja, sentada en una posición incómoda, estaba Lucía Fernanda.

Ahogué un gemido.

—No es el primero que nos causa inconvenientes, y eso no es bueno para el negocio —dijo el propio, sonriendo.

—Tampoco es bueno para nosotros. Hacemos lo que podemos. Además, en cuanto vimos que causaría problemas, mandamos un sustituto.

—¿Ella? —dijo el propio—. También ha sido un problema. La hemos destinado a la tercera planta. Demasiado distraída.

—Bueno, pensé que podría valer para el puesto. Ya hablaré con ella. En cualquier caso, está en la tercera, ¿no? —respondió mi gerente.

—Ya sabes que en la tercera —dijo el propio, acercándose a Lucía Fernanda como si quisiera susurrarle una confidencia— la gente no dura demasiado.

—No temas, Natalia es una chica fuerte.

—Natalia —susurré, temblando, y el propio alzó la mirada.

.: 0.3.7. Tercera Planta :.

Sabía que me habían oído.

Lo sabía.

Habían continuado conversando como si nada hubiera ocurrido, pero un sudor frío en la espalda me confirmaba mis peores temores. Me habían oído, y ahora nos veíamos abocados a un absurdo juego del gato y el ratón. Me arrastré por los conductos, ascendiendo siempre que podía, en busca de una salida que me condujera a los pisos superiores. A la tercera planta. Mientras avanzaba tanteando con mis manos en la oscuridad, ignorando los susurros y los roces que oía a mis espaldas, reía y lloraba y cantaba como un desquiciado. Mi huida, mi temeraria huida, le había costado muy cara a Natalia. ¿Por qué a ella? ¿Por qué no a ese estúpido de Luis?

Me detuve varias veces cuando descubría débiles líneas de luz que se colaban en mi celda metalizada a través de las rejillas. Miré a través de ellas, tratando de descubrir dónde me encontraba, pero apenas podía atisbar la cabeza ladeada de un propio sentado en su cubículo de trabajo. Ninguna señal en las paredes, ninguna pista de en que planta estaba. Giré y giré y ascendí y –cuando no existía otra opción– descendí, y a cada minuto que pasaba la histeria crecía en mi interior como un manojo de malas hierbas.

Exhausto, incapaz de continuar, me detuve junto a una rejilla y dejé que la brisa que la atravesaba acariciara mi cara empapada de sudor. Abajo, ajeno a mi presencia, un propio simulaba realizar su trabajo (todos sabemos que ellos sólo simulan: el trabajo real lo realizan subcontratados) frente a la pantalla de un terminal.

Debía tomar una decisión.

No podía continuar allí.

—¿En qué planta estamos? —chillé, aterrado por la estupidez de mi acto.

—En la tercera —respondió el propio, y miró a su alrededor, confundido.

Una carcajada recorrió mi cuerpo como un latigazo. Reía, reía; mientras reía, giré y retorcí mi cuerpo en aquel conducto angosto hasta que mis pies quedaron junto a la rejilla. Después, presa de la risa, golpeé varias veces con todas mis fuerzas, hasta que la rejilla cayó al suelo de la tercera planta con estrépito.

.: 0.3.8. La princesa, la bruja y el armario :.

—¡No me toque! —gritó el propio, agazapado bajo su mesa, temblando.

Por su actitud cobarde deduje que se trataba de un propio caído en desgracia, lo que denominábamos un consejero. Me acerqué un paso hacia su improvisado escondrijo y aquella patética criatura se encogió como un bebé, aterrado ante mi presencia. Siendo consejero, muy probablemente hacía años que no veía a un ajeno.

—¿Qué quiere? ¿Qué quiere? —aulló, alzando una mano hasta dejarla sobre la mesa.

—¿Dónde se encuentra Natalia? —dije.

El consejero sacudió la cabeza a un lado y a otro. Comprendí que, para él, un nombre de ajeno no significaría nada. Sería tan absurdo como asignarle un nombre a un sofá, a un monitor, a una botella de agua.

—¿Dónde están los ajenos? ¿Dónde? —dije, acuclillándome frente a él.

El consejero ahogó un grito.

—Al final del pasillo, a la derecha —susurró, y cuando ya me levantaba, añadió algo más—. Pero si quiere un consejo, no vaya.

Salí del despacho sin mirar atrás y me encontré en un largo pasillo. A ambos lados se abrían puertas que conducían a reducidos cubículos, de las que surgían algunas cabezas curiosas. Al verme desaparecieron en el interior, y pude oír el chasquido de los cerrojos acompañando al cerrar de puertas.

Fue entonces cuando la alarma se disparó. Las sirenas aullaron, luces rojas brillaron y parpadearon y asaltaron mis ojos como invitados inesperados a una fiesta sorpresa. Corrí por el pasillo y llegué hasta el final, jadeando. Giré a la derecha. Una puerta negra, entreabierta, representaba mi única opción. La abrí con dedos temblorosos y entré en el cuarto.

En el interior una multitud apiñada me miró con ojos esperanzados. Reemplazos. Había entrado en un almacén de reemplazos, donde se alojaban los subcontratados que ya no tenían proyecto y sus empresas preferían dejarlos temporalmente en el cliente, con la esperanza de volver a contratarlos.

—¡Natalia Franco Mata! —grité.

Y ella surgió entre dos hombres, los ojos enrojecidos, el rostro pálido, pero avanzando con paso firme. En sus labios pude leer mi nombre, y una honda satisfacción recorrió mi cuerpo. La tomé de la mano –no protestó, no había razón para ello– y salimos del cuarto a la carrera. Sin embargo, tuvimos que detenernos en seco cuando la puerta de uno de aquellos cubículos se abrió y de su interior surgió su ocupante.

Me temblaron las piernas.

Frente a mí se alzaba la princesa. Siempre había creído que se trataba de un mito –una mujer de belleza asombrosa, una ajena como todos nosotros, que en su locura se creía propia, y en su locura había logrado engañar a todos y pasar a formar parte del mundo de los propios–, pero ahora, al verla apenas a unos centímetros de mí, sentí una mezcla de pavor y respeto que no pude reprimir.

—Prin... prin... cesa —tartamudeé, y ella me miró con dulzura.

—Puedes llamarme *Deux ex machina*, si te place —dijo.

—Yo... —murmuré, y me volví al oír un ruido a mi espalda.

Un ruido que crecía por encima del aullido de las sirenas de alarma, el rugido poderoso de una bestia endemoniada, el alarido animal del cazador sanguinario en busca de su presa.

La voz de Lucía Fernanda.

—¡Despido procedente! —rugió la bestia, la bruja, el demonio.

Atrapado entre ambas mujeres, sintiendo entre mis dedos la mano temblorosa de Natalia, todo parecía perdido.

Todo.

Entonces habló la princesa.

—Por el armario —dijo con su voz cristalina, señalando uno de los armarios de material de oficina—. El armario os llevará hasta la azotea.

Y, sin saber realmente si aquello tenía algún sentido, corrí hacia allí, arrastrando tras de mí a Natalia.

.: 0.3.9. En la azotea :.

—¡Volved abajo ahora mismo! —gritó Lucía Fernanda.

Temblé. Allí, en la azotea, zarandeado por una brisa helada, no supe si los temblores eran producto del frío o de las palabras –amenazas, terribles amenazas– que pronto escaparían de la boca de mi gerente como escapan los gusanos, gordos y relucientes, del ataúd tras alimentarse de la carne muerta. Natalia, a mi lado, se mostraba firme y no apartaba la vista de aquella criatura abominable, creada en los despachos y criada en las reuniones de trabajo y las comidas de empresa.

—¡Ahora mismo! —gritó Lucía Fernanda, el rostro ardiendo, las manos engarfiadas.

Natalia negó con la cabeza. Yo sentí desfallecer. No poseía el suficiente valor para enfrentarme a mi gerente, no ahora. En mi mente bailaban las hipotecas, las deudas, los planes truncados con un despido procedente. No, no podía luchar contra mi destino, ni siquiera la presencia de Natalia a mi lado me aportaba la entereza necesaria para desafiar años y años de trabajos precarios, vacíos, carentes de cualquier tipo de valor.

—Si tengo que ir hasta allí a por vosotros... ¡estáis despedidos! ¡Sin indemnización! —dijo Lucía Fernanda.

Tras ella se abría la puerta metálica que daba acceso a la azotea. Habíamos recorrido un centenar de escalones hasta alcanzarla y mis piernas apenas me sostenían (¿o quizá temblaban de pavor, aunque mi mente se negara a reconocerlo?). Lo que había tomado por la puerta de un armario era el acceso al exterior, a la libertad. Lástima que Lucía nos hubiera seguido hasta allí, ahora todo se complicaba.

Natalia, a mi lado, dio un paso hacia Lucía. Sus pies descalzos dieron otro paso sobre la gravilla –gris, surcada de gruesos cables rojos que latían como si todo el edificio estuviera vivo–, luego otro. Sentí deseos de sujetar su muñeca, de retenerla a mi lado, de protegerla. Entonces ella dio otro paso y se volvió. En su mirada descubrí tantas cosas, tantas, que abrí y cerré la boca sin pronunciar palabra, y me quedé allí, como una estatua de gelatina, sabiendo lo que iba a ocurrir. Natalia continuó avanzando, animada por la sonrisa diabólica de Lucía Fernanda. Yo retrocedí hasta llegar al borde del edificio.

—Muy bien, niña, muy bien —jadeó la gerente, y pude apreciar desde la distancia cómo la saliva se deslizaba entre las comisuras de sus labios; entonces me miró—. ¿Y tú a que esperas, maldito desgraciado?

—Yo... —murmuré.

—Muy bien, ¡ya te traeré yo arrastrándote por el suelo si es necesario! —dijo Lucía Fernanda, y avanzó hacia mí como un tiranosaurio hambriento.

Todo ocurrió tan rápido que no supe reaccionar.

Lucía Fernanda corriendo hacia mí, gritando mi nombre. El ruido de pasos sobre la gravilla. Su rostro ardiendo, mi cuerpo temblando. Una ráfaga de aire frío deslizándose entre nosotros. La rabia, el odio, la desesperación, el miedo. Y, por encima de todo aquello, la mirada fría, inhumana, de Natalia, siguiendo los pasos de la gerente, colocándose a la espalda de Lucía Fernanda y, cuando ambas mujeres estuvieron a mi altura, empujándola con fuerza, lanzándola al vacío.

Lucía Fernanda gritó.

Yo grité.
Natalia esbozó una sonrisa.

.: 1.1.1 Epílogo :.

El cuerpo de Lucía Fernanda yacía sobre la acera, desparramado, como un ordenador roto. Ríos de tinta roja se deslizaban entre los adoquines y morían en la alcantarilla, llevándose con ellos las últimas esperanzas de llegar a un acuerdo económico. Desde la azotea no podía apreciar con claridad su rostro y, sin embargo, tenía la completa seguridad de que sonreía.

—Bueno, supongo que esto es el final —dijo una voz a mi espalda.

—Sí —respondí—. Al menos para mí.

Natalia se acercó y me cogió la mano. Traté de sonreír, pero algo en la mirada de Natalia, algo extraño, agresivo, hizo que me limitara a acariciar la palma de su mano. Ya tendríamos tiempo de hablar de lo ocurrido, de tratar de comprender los últimos días de nuestras vidas. El rumor de las sirenas de las ambulancias y los coches de policía invadió el polígono industrial. Desde donde nos encontrábamos podía verlos recorrer la autopista y tomar la salida que conducía a los edificios de oficinas. El de nuestra empresa, apenas a una manzana de la azotea, parecía un bebé abandonado entre gigantes de acero y cristal. Me pregunté si nuestros compañeros sabrían lo ocurrido, si les importaría.

—Deberíamos bajar —dijo Natalia, y yo asentí.

Abajo nos esperaba la policía, el despido, la cola del paro. Nos detendrían, nos interrogarían. ¿Qué les contaríamos? ¿Delataría a Natalia, se entregaría ella voluntariamente? No tenía respuestas para tantas preguntas.

—Allí, en el zulo, todo era horrible —dijo Natalia, temblando—. Lo peor de todo eran los terminales, no saber la maldita contraseña, el maldito usuario.

Caminamos hacia la puerta que daba acceso a la azotea cogidos de la mano. Nos detuvimos en la entrada, nos miramos.

—¿El usuario y la contraseña? Vaya, pues eso es algo que puedo contarte —dije, y entramos de nuevo en el edificio.

.: FIN :.

En la red, del 11 de Abril de 2005 al 28 de Diciembre de 2005

.: Agradecimientos :.

Esta novela nunca hubiera sido terminada sin los lectores del blog en el que se publicó por entregas, que me animaron día a día a continuar; sin mis compañeros en Grupo Apex, que disfrutaron de cada línea y aportaron sus ideas; sin el Cruciforme, que me visita cada mañana para recordarme que tengo que ir a trabajar; y sin *Garbage*, que hace que me sienta feliz cada vez que veo llover.

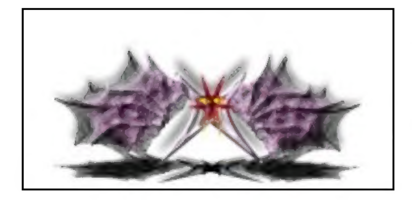


Santiago Eximeno (Madrid, 1973) es un prolífico autor que ha publicado relatos en prácticamente la totalidad de las antologías –*Paura* (Bibliópolis, 2004, 2005, 2006) *Artifex Segunda Época* (Bibliópolis, 2004, 2005), *Artifex Tercera Época* (Bibliópolis, 2006) *Franco. Una Historia Alternativa* (Minotauro, 2006)–, revistas –*Gigamesh*, *Galaxia*, *Solaris*–, fanzines –*Tierras de Acero*, *Valis*– y ezines –*Aurora Bitzine*, *Axxon*, *Bem on Line*– de género fantástico. Ha publicado una novela –*Asura* (Grupo AJEC, 2004–, una antología –*Imágenes* (Parnaso, 2004)– de relatos, ha sido traducido a varios idiomas y ha ganado varios premios, entre ellos el *Premio Ignotus Cuento 2006* por "Origami".
Con Ediciones Efímeras publicó previamente una antología de microrrelatos, *Canope I* (2004), en colaboración con Francisco Ruiz Fernández, y varios relatos ilustrados por Ferrán Clavero y Pedro Belushi. Actualmente trabaja en una serie de microrrelatos llamada *¿Quién es el Cruciforme?* *www.cruciforme.com*, junto a Pedro Belushi. Más información en su página web, *www.eximeno.com*



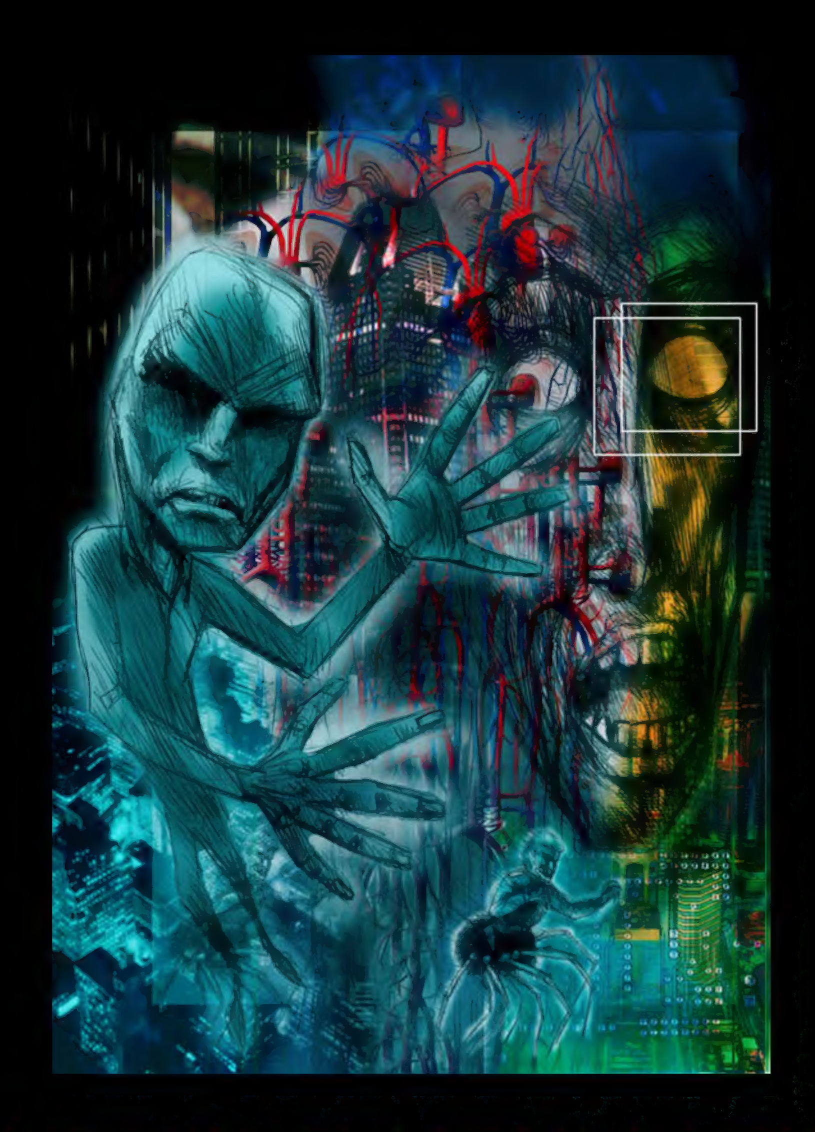
Pedro Belushi, ilustrador y guionista. Ha trabajado en múltiples proyectos de ilustración y comic. Entre sus obras están "Melquiades y El Genio" (Dibujo y guión. Ed. Sulaco 2000) y "Mighty Sixties" (Guión y diseño, junto a Carlos Vermut. Amaniaco Ed. 2001).

Ha hecho diversas exposiciones de su obra gráfica dentro del Circuito de Jóvenes Creadores de su comunidad. Actualmente colabora con *BEM on Line*, *Axxon* y otras revistas de CiFi haciendo ilustraciones para relatos y portadas, así como guiones para otros ilustradores como Carlos Vermut, Nando o Pablo Espada (con quien hizo "Clon 27", una de las primeras tiras seriadas en Internet).



Ediciones Efímeras es una editorial cuyo ánimo consiste en promocionar la literatura fantástica, centrándose sobre todo en microrrelatos, cuentos ilustrados y novelas previamente publicadas en Internet. **Ediciones Efímeras** es una editorial sin ánimo de lucro, que ofrece en formato PDF y de forma gratuita para su descarga las obras de los autores que colaboran con ella. Si es usted editor, y está interesado en publicar esta obra en otro formato, por favor contacte directamente con el autor en la dirección: *santiago@eximeno.com*

.:subcontratado:.



Una odisea laboral en el terrible mundo de la subcontratación. Las horribles experiencias de un ajeno en la empresa cliente, alejado de sus compañeros y atrapado en un trabajo alienante que amenaza con destruir su cordura.

"Con un gran control sobre el tempo narrativo y la ambientación, Santiago Eximeno ha creado esta fantástica y terrorífica parábola del mundo laboral actual, porque gran parte de la inquietud y el desasosiego que sufre el lector reside en que algunas de las situaciones descritas están más cerca de la realidad de lo que queremos admitir." J. Fidel Insúa

Ediciones Efímeras

http://www.edicionesefimeras.com